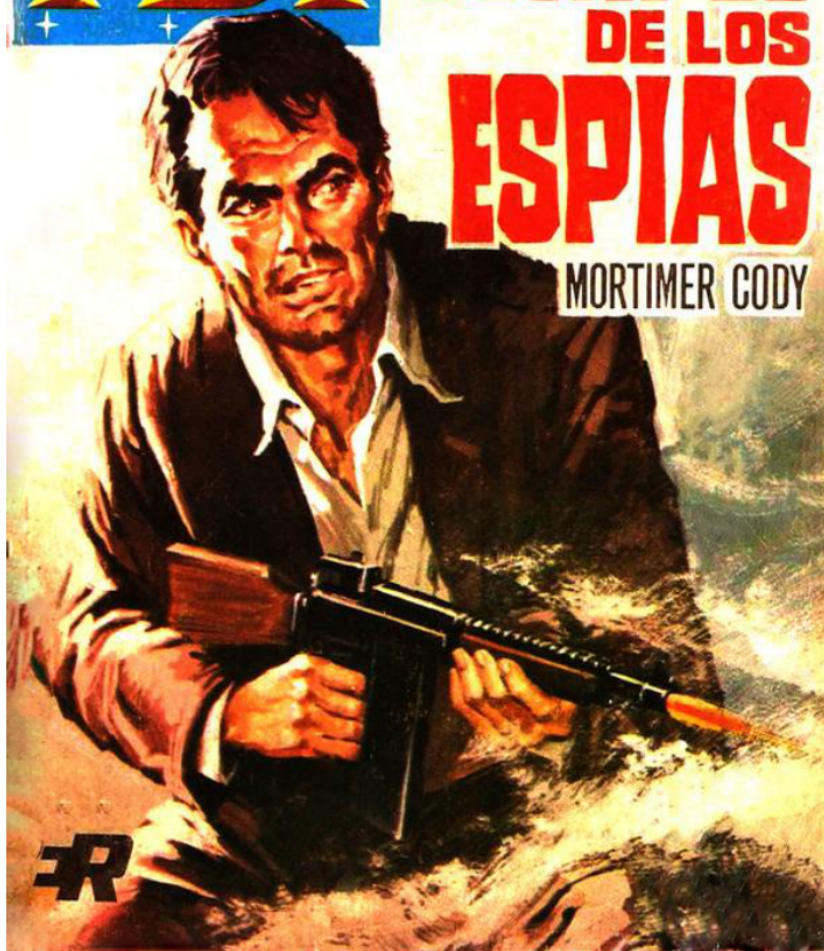


FBI

EL TEMPLE DE LOS ESPIAS

MORTIMER CODY



FBI



FR

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito legal: M. 6.185-1970

Printed in Spain

SUCS. DE RIVADENEYRA, S. A. - ONÉSIMO REDONDO, 26 - MADRID-8

MORTIMER CODY

EL TEMPLE DE LOS ESPIAS

Primera edición

**EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España**

I

LA mujer se estaba mirando al espejo. Era una dama alta, esbelta, de fascinante cuerpo y hermoso rostro, con mucho exotismo en sus rasgos, notablemente bien maquillados. Su edad podía oscilar entre los treinta y treinta y cinco años; una dama que se acercaba a la madurez.

Se había teñido el cabello de color caoba, lo cual contrastaba notablemente con sus negríssimos ojos, muy rasgados, brillantes. Su maquillaje era de tono pálido, y ni una pasada de «rouge» era visible en sus labios, de un sonrosado natural algo desvaído.

Vestía..., por decirlo de alguna manera, un puñado de pedazos de gasa y tul, de distintos colores, y colocados de cualquier manera. Así, por ejemplo, se adivinaba parte del busto, en la derecha, mientras que la pierna de aquel lado estaba totalmente cubierta. Por contra, en el lado izquierdo, las telas eran muy tupidas en el cuerpo, pero no le llegaban ni a la ingle. Lo que mostraba, y lo que se adivinaba, era una pura sugerencia para la loca aventura.

Lucienne se encontraba en el camerino personal de su propio café, «Chez Lucienne», enclavado en el puerto este de Alejandría, Egipto. Y en Sharia El Cahdi, en pleno barrio portuario; zona de pescadores. El puerto este es poco profundo, y sólo lo utilizan pequeños buques de cabotaje y pesqueros; una gran mayoría de pesqueros.

Desde su camerino, Lucienne estaba oyendo la música; ya le aburría, ya la conocía demasiado...

Y volvió a mirarse. Más que contemplar el espectáculo de su belleza, Lucienne parecía estar mirándose por dentro; y quizá era eso lo que ponía aquel gesto de preocupación en su rostro.

Lucienne, por lo visto, era una dama con problemas.

Y pensaba en ellos, precisamente, cuando sonó la discreta llamada en la puerta del camerino. Miró hacia la puerta sin volverse; a través del espejo.

—Pasa —dijo.

Se abrió la puerta, y un tipo moreno, de labios abultados, vestido con asquerosa sahariana blanca y turbante verde en la cabeza, se introdujo en el camerino, cerrando la puerta. Parecía, por lo menos, tan preocupado como Lucienne. Ésta se volvió, y tras unos instantes de silencio, inquirió.

—¿Malas noticias, Fawzia?

El árabe asintió con movimientos de cabeza, y aclaró:

—Yo diría que sí, «*madame*»...

—Explícate.

—Como sospechábamos, ha habido algo entre Marouhssa y ese turco del mercante.

Lucienne se mordió el labio inferior.

—¿Qué ha habido? —inquirió.

—Ella le dejó disimuladamente una nota.

—Ya... Y, claro, no sabemos lo que se dice en esa nota.

—Exactamente, no. Pero podemos imaginarlo. La situación es ésta: Marouhssa está terminando su número, pero el turco no ha esperado, como es normal..., desde que le conocemos, al menos. No la ha esperado, no. Se ha ido. Y sospecho que esa nota no es más que una cita entre Marouhssa y el turco. Por consiguiente, no sería descabellado suponer que Marouhssa le ha citado en su casa. Deducción última: el turco, en estos momentos, se está dirigiendo a casa de Marouhssa.

Lucienne, reflexionando, se sentó en un taburete, de espaldas al espejo. Fawzia, quieto, respetuoso incluso con la mirada, esperaba.

—Esto tengo que solucionarlo yo, Fawzia... —musitó Lucienne—. Es decir, nosotros... Y si se te ocurre algo mejor que matarles, dilo.

—Todo es expuesto, «*madame*». Lo es matarles, pero lo es también dejar que sigan adelante con un juego que, cuando menos, nos inquieta.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Usted de la orden, «*madame*».

Lucienne suspiró.

Escuchó aún un poco la música. Marouhssa estaba terminando su actuación; como siempre, no tardarían en oírse los aplausos, el rumor de entusiasmo del público del café «Chez Lucienne»... Marouhssa era hermosa, joven, con un cuerpo que podía moverse como un látigo nervioso...

—«*Madame*»... Dije que usted ha de dar la orden —murmuró Fawzia.

Lucienne asintió con la cabeza.

—Considérala dada —murmuró.

—¿Los dos?

—Claro, Fawzia. Los dos, forzosamente.

Fawzia retrocedió, y antes de salir inclinó ligeramente la cabeza. Al abrir la puerta del camerino, se oyeron con mucha fuerza los aplausos conseguidos por Marouhssa durante su actuación. Luego, se cerró la puerta, y Lucienne se dedicó a la última parte de su tocado. Le correspondía a ella el turno de aparecer en escena...

Cinco minutos después de haber abandonado el «Chez Lucienne», y al observar que no era seguida, Marouhssa se sintió mucho más tranquila. Se arrellanó en el asiento del viejo taxi y encendió un cigarrillo egipcio. Se dedicó a fumar, sin querer pensar, mientras duró el trayecto. Una vez en Sharia El Mohar, justo en la falda de la colina donde eran visibles aún los restos del Fuerte Caffarelli, la mora se apeó del taxi y cubrió a pie las cien yardas que le separaban de su casa.

Un edificio de dos plantas, blanco, pequeño, con arcos y un pequeño jardín en el que sólo crecían unas palmeras torcidas, de hojas muy grandes.

Desde aquella altura, era posible ver el puerto oeste, el de mejores instalaciones; un puerto lleno de luces. Luego, la perspectiva se perdía en el mar, oscuro, brillante.

Marouhssa extrajo la llave de un bolsito, abrió la puerta y se introdujo en la casa. No encendió luz alguna, hasta encontrarse en un amplio aposento, de paredes blancas y limpias, donde tenía su lecho; una gran cama, con una valiosa colcha persa encima. Una excelente alfombra, bella lámpara y algunos muebles más bien cómodos que recargados.

Tan pronto hubo encendido la luz, Marouhssa se quitó la negra

capa que llevaba, quedando vestida como en el escenario: con la piel y alguna que otra prenda de estricto pudor. Al volverse para tirar la capa a un lado, quedó petrificada, palideciendo de pronto.

—¿Qué haces aquí...? —musitó, tratando de retroceder.

No la dejaron retroceder; ni hablar.

El tipo que estaba ante ella la agarró de un brazo, y con una brusca torsión la hizo girar, para mantenerla inmovilizada luego.

El otro árabe, con chilaba negra y turbante granate oscuro, con ojos negros de loco, y perilla, parecía disponerse a fumar; con ademanes lentos, con una sonrisa tranquila, se introdujo la boquilla entre los labios.

—Por favor... ¿Qué os proponéis...? —Casi sollozó Marouhssa.

El árabe sopló por el orificio de la boquilla.

Un instante después, decía:

—Ya puedes soltarla. Está muerta.

El otro, un poco sorprendido, pese a conocer aquel procedimiento, soltó a Marouhssa, como si fuera un higo chumbo. La joven mora se desplomó con los ojos abiertos, de costado, mostrando la fabulosa curva de sus caderas, casi desnudas. Los dos árabes la contemplaron unos instantes. Luego, el de la chilaba negra, hizo una seña al otro, y ambos abandonaron el cuarto, dejando la puerta entornada y la luz encendida. Se deslizaron por el pasillo, hasta un recodo, oscuro, silencioso.

—¿Y ahora? —inquirió el que había estado sujetando a Marouhssa.

—Esperar.

—¿Y si es un error?

—¿A qué te refieres? —inquirió el de la chilaba negra.

—Concretamente: puede que la nota no se tratara de una cita, y el turco no aparezca por aquí. En tal caso, yo llamaría a esto precipitación.

El de la chilaba negra sonrió, y dijo:

—Y yo a tu lengua la llamaría víbora ciega y loca. Detenla.

—Debimos empezar por el turco.

—Calla.

Ambos se dedicaron a una espera silenciosa, en sombras. Una espera que empezaba a alargarse, con la sombra del fracaso, del error, ciñéndose sobre ellos. Masquid, el que había sujetado a

Marouhssa, musitó:

—Habrà que buscar otro medio para averiguar lo que decía esa nota. Pudimos preguntárselo a Marouhssa.

—Imposible. Hubiéramos perdido el tiempo con ella. Habría negado. Nos hubiésemos visto obligados a golpearla; quizá a torturarla, y esas cosas difícilmente se hacen en silencio. Y menos si el turco está cerca.

—No está, Kadul. No ha venido —masculló Masquid.

Kadul empezó a mesarse la perilla.

Miraba fijamente hacia el vestíbulo; estaba habituado a aquella luz ambiente y distinguía perfectamente cualquier contorno. Con mayor razón, por tanto, hubiese distinguido cualquier movimiento tendente a entrar en aquella casa.

—El turco quizá haya estado aquí, Kadul —dijo Masquid—. Pero ha debido ver u oír algo; se ha largado. Creo que nos veremos obligados a ir a buscarle al buque.

Sin comentarios por parte de Kadul, se hizo de nuevo el silencio.

Un nuevo silencio, de casi quince minutos.

Kadul empezó a removerse.

—¿Y bien? —insistió Masquid.

—De acuerdo... Es evidente que no piensa venir.

—¿Y qué me dices de un posible error? —Kadul miró a Masquid con una ceja muy arqueada.

—¿Para qué hablar de eso? —rezongó—. Es algo que ya no tiene solución. Vamos. Iremos al muelle oeste. Trataremos de cerciorarnos de si el turco está en el buque.

Kadul fue quien abrió la marcha. Apagó la luz del cuarto donde estaba Marouhssa muerta, cerró la puerta y, silenciosamente, los dos árabes vestidos con chilabas se dirigieron a la salida. Kadul fue el primero en salir. Tenían un coche europeo, de 1956, a corta distancia de allí.

Pasaron junto a las palmeras.

Se perdía la voz de Masquid:

—... Si está en el buque, yo esperaré. No podemos complicar las cosas hasta tal punto. Si nos hemos equivocado y la nota no era una cita para hoy, podemos esperar al turco mañana en «Chez Lucienne». Será mucho más cómodo matarle en...

Se perdió la voz.

Instantes más tarde, los dos árabes se perdían, asimismo, de vista. Y de detrás de las palmeras, un tipo recio, alto, con el rostro tenso, empezaba a erguirse, mirando, alternativamente, hacia la casa y hacia la salida del recinto-jardín. Luego, avanzó hacia el edificio, siempre por las sombras, sin permitirse la mínima confianza.

Poco después, el hombre penetraba rápidamente en la casa, y se orientó, sin prisas. Se sentía inquieto, molesto, irritado, furioso... Caminó sin hacer ruido, hasta llegar a la puerta del amplio dormitorio de Marouhssa. La abrió, y encendió la luz.

El turco dio unos pasos hacia el cadáver; se inclinó, mirando, con el ceño fruncido, el cuerpo muerto, que no presentaba herida alguna, no se veía señal de violencia, ni el orificio de una bala; ni cuchillada. Nada.

La observó más atentamente, hasta descubrir, casi cinco minutos más tarde, el diminuto orificio del dardo envenenado que había penetrado por el cuello de Marouhssa. Un orificio no mayor que el que hubiese producido un pinchado de alfiler...

Un cadáver casi desnudo; con ropas de escena. Ello demostraba que Marouhssa había sentido una enorme prisa por celebrar cuanto antes una entrevista. Y si estaba muerta era, ni más ni menos, por desconfianza del turco. Bien..., se sentía culpable en parte. Pero, por otro lado, no había nada que le obligase a confiar en nadie...

El turco, ya erguido, estuvo mirando en torno, y luego se dedicó a efectuar un registro del dormitorio.

El resultado fue completamente nulo. Incluso decidió registrar el cadáver de Marouhssa, con el mismo negativo resultado.

Mirándola, musitó:

—Lo siento, Marouhssa. No me fió de ti... Creí que esos dos hombres iban a por mí; no sospeché que querían matarte a ti...

Cubrió el cuerpo de la muerta con la bella colcha persa, y cuando se estaba irguiendo oyó, casi al mismo tiempo, el apagado rumor, y aquella voz:

—Siga como está.

El turco quedó quieto, muy atento a los pasos, lentos, cautos, que percibía a su espalda, acercándose. Los pasos no se acercaron tanto como para que el turco pudiera reaccionar con alguna probabilidad de éxito. Optó por seguir quieto, mientras la mujer de

la voz algo gangosa, agradable, que le había dado la orden, le examinaba.

La mirada de la mujer, gris, brillante, inteligente, observaba a aquel hombre, no poco extraño; un turco de buena estatura, con el cabello muy negro, ondulado. De la oreja izquierda le colgaba, a modo de pendiente, un aro de pulgada y media de diámetro. El tipo vestía pantalón gris, de marinería, un chaquetón azul marino, abierto, dejando visible el jersey a rayas azules y blancas, horizontales.

—No la he matado yo, si es lo que está pensando —dijo el turco en un francés regular—. No la ha matado nadie... El corazón, digo yo... Tanto amar... Ya entiende, ¿no?

—Siga de espaldas.

El turco obedeció, y notó, un instante después, la mano de la dama, registrándole rápidamente. Al no notar la pistola en su cuerpo, empezó a pensar que aquella mujer sabía lo que hacía, y siguió sin arriesgar nada. Por el momento, las cosas estaban bien así. Notó que ella tomaba la nota que Marouhssa le había pasado con no tanto disimulo como creyó...

—Es sólo una vulgar cita —rezongó el turco.

La dama no respondió. Un simple vistazo a la nota le bastó para comprobar que se trataba, en efecto, de una cita. No había más que unas palabras.

«Vivo en el número 9 de Sharia El Mollar»

—Vuélvase —ordenó la dama.

El turco obedeció, lentamente. Su rostro permanecía inexpresivo. Sin embargo, al ver a la dama de frente, entornó primero los ojos, para ocultar el brillo de su mirada, y luego sonrió un poco. En verdad, sonreír era lo más apropiado ante aquella damita, de menos de veinticinco años. Una mujer realmente hermosa; una belleza llena de encanto... aunque en aquellos momentos su mirada gris fuese más bien fría; aunque su boca estuviera algo apretada.

—¿Quién es usted? —inquirió la mujer.

El turco se encogió de hombros.

—Me llamo Suleyman Izmir... ¿Algo más? —dijo.

—Sabe que sí.

—Bueno..., soy miembro de la tripulación del «Ankara». Puede usted comprobar que es un gran carguero que ha tenido que estar en los astilleros durante cuatro días. Ahora, está surto en el puerto oeste, y espero que no tarde mucho en partir..., conmigo —sonrió.

—Todo eso es mentira.

—Caramba... Si cree que miento, no ha debido dejarme hablar tanto. He dicho que puede comprobarlo. Del mismo modo, tendrá que comprender que yo no he matado a Marouhssa... No llevo armas. Lo ha comprobado, ¿no? Ella se ha muerto sola. Digo yo. No he visto ninguna herida en su cuerpo.

—Un dardo en el cuello.

—Vaya... Era una chica bonita... Horrible muerte la suya. ¿Y usted?

—Yo no he muerto —dijo, con breve sonrisa, la mujer.

—Me refería a quién es usted.

—Supongo que no esperará mi respuesta...

—¿Por qué no? Yo me he presentado. Y... ¿sabe?, creo que con usted salgo ganando, en el cambio de pareja en la cita. Un marino no se resigna fácilmente a una noche sin amor, cuando ya tiene esa idea fija.

—Sobra su insolencia, Izmir. Diga la verdad, o... será una noche de dolor.

El turco arqueó una ceja. Sonrió, mostrando sus blancos dientes, que contrastaban mucho con su piel morena. Su pendiente solía oscilar a cualquier movimiento que realizara.

—Eso suena muy trágico, «*madame*»... —dijo.

—Eche a andar hacia la puerta. Es obvio que dispararé en cuanto observe el menor movimiento inadecuado, Izmir.

El turco la miró con fijeza. Luego, la manita enguantada que empuñaba aquella negra automática, provista de silenciador. Sin despegar los labios, echó a andar hacia la puerta. Ella, detrás, siempre atenta, observando los movimientos del hombre. Y la dama se sintió muy inquieta; una vez más, como tantas en su vida, sintió miedo. Bien..., el miedo era tan lógico, que no había por qué hacerle caso...

Siguieron caminando, hasta la puerta principal del edificio.

—Salgamos. Camine en dirección a la primera esquina de la derecha. Allí tengo un coche —dijo la mujer.

Suleyman Izmir, sin comentarios, continuó obedeciendo las órdenes.

Sin el menor contratiempo, llegaron hasta donde estaba el coche indicado por la dama. Ella hizo un gesto con la pistola, e Izmir se puso frente al volante, mientras que ella, rápidamente, se situaba en los asientos traseros, sin dejar de amenazar al turco con su automática.

—¿Conoce bien Alejandría? —inquirió la dama.

—Sólo regular...

—Vamos a la calle de las Esclusas. Debajo del puente Ibrahim, sobre el canal Mamudieh.

El turco asentía con la cabeza.

Su aro en la oreja izquierda oscilaba.

Instantes más tarde, el coche se ponía en marcha. De vez en cuando, la dama hacía alguna indicación, que Suleyman seguía sin resistencia, sin comentarios. Veinte minutos más tarde, tras dejar el centro de Alejandría al Este, se encontraban en el intrincado barrio de Minet El Charguia, que es una especie de pequeña península que se introduce en el canal de Mamudieh.

—Entre por el segundo callejón de la izquierda, Izmir.

El turco obedeció una vez más. Y ya en el callejón indicado, recibió la orden de detenerse, frente a una vieja casa de una planta.

II

DESCONCERTADO, con un significativo dolor de cabeza, y la visión un poco borrosa, Suleyman Izmir estaba recordando los acontecimientos de, los últimos minutos. Habían entrado en la casa, y tan pronto lo hicieron, notó un durísimo golpe en la coronilla, y otro en la nuca. Y eso era todo, hasta aquel momento, en que una intensa luz le molestaba mucho la visión; además notó que estaba fuertemente atado en una silla; la cabeza le colgaba...

Al alzarla, lentamente, pudo verla.

La dama estaba fumando un cigarrillo. Su rostro estaba algo tenso; la boquita, que debía ser deliciosa sin aquella dura mueca, estaba apretada; la mirada casi cruel... Una nena con su minivestido color oro, sin el menor adorno, sin una sola joya. Y miraba al turco y fumaba, simplemente.

—Quiero oír la verdad —dijo la dama, cuando notó que la mirada de Suleyman era ya lo suficientemente viva, despierta.

—Se la dije... —rezongó Suleyman.

—Otra vez.

—Como quiera... Llevamos ya unos días detenidos en Alejandría, por averías en el buque. Durante esos días, me he dedicado a procurarme alguna que otra diversión; entré en el café «Chez Lucienne», y creí que había encontrado lo que buscaba. Marouhssa era difícil, pero parece ser que la convencí, y... —sonrió levemente— aquí estoy. Lamento la muerte de esa chica; y es lo único que puedo hacer: sentirlo.

—¿Para qué la citó? —inquirió la dama. Suleyman miró a la dama como si ella fuese una golondrina con corbata. Luego, sonrió, con evidente ironía.

—Usted es retrasada mental, «*madame*» —gruño, por fin—. A

pesar de todo, no me importaría mostrarle de un modo... práctico, a lo vivo, qué es lo que yo esperaba de Marouhssa... y ella de mí, es claro. ¡Oh!... Son cosas que no pueden realizarse con estas ligaduras...

—No sea cerdo —dijo, secamente, la dama.

—Yo creo que no soy el único hombre que...

—Dejemos ya eso. Usted está mintiendo, Izmir. El turco meneó la cabeza.

—Mire..., tengo que pernoctar en el barco. Es obligatorio. Era distinto cuando el buque estaba en los astilleros. Ahora, surto en el puerto, la tripulación está obligada a permanecer en el buque...

—Cállese.

Izmir calló, y se encogió de hombros.

La dama dio unos breves paseos, observada por Suleyman, que sonreía, sopesando, calibrando las formas de aquella «*madame*» de tan corto entendimiento para ciertos asuntos... Unas formas juveniles; cada una en su sitio; justamente en el sitio correspondiente.

De pronto, la dama fue hacia la puerta del cuarto, sin despegar los labios. Apagó la luz, y cerró la puerta, dejando a Suleyman a oscuras furioso y preocupado. Creyó que la dama no tardaría en regresar, pero iba transcurriendo el tiempo. El silencio era total. Quizá le despertara la voz del «*mussein*», desde cualquier minarete cercano, cuando amaneciera; la voz que daba gracias a Alá...

Al entrar en el cuarto donde estaba Suleyman, la dama sonrió con ironía. Vio al hombre mirándola con ojos enrojecidos; un tipo con barba de dos días, muy oscura, que sombreaba un rostro contraído, con un gesto de furor. Él la miraba de soslayo, observando las manos vacías de la mujer.

—¿Hoy no tengo mi ración de comida? —inquirió.

Ella, sin abandonar su sonrisa, tomó una silla, y se sentó frente a Suleyman, mirándole a los ojos.

—¿Qué significa su actitud? —inquirió el turco—. Son dos días los que llevo aquí, prisionero... Usted no se cansa de oír siempre lo mismo... En el barco se me debe considerar desertor...

—No creo que eso le preocupe, Nathan —dijo, suavemente, la dama.

El turco pestañeó.

Luego, puso cara de incompreensión. Por fin, se enfureció, estallando:

—¿Qué nueva tontería se le ocurre ahora?

—Cálmese, Nathan... Vayamos por partes. En primer lugar, debo asegurarme de que no me guarda rencor. Usted prometa que es así, y le soltaré. Hablaremos tranquilamente.

El turco la miraba fijamente, en silencio.

Ella, entonces, del escote sacó un papel, y leyó:

«Huellas y fotografías corresponden a Nathan Forbes, agente del

F. B. I.

¿Qué significa esto? Esperamos su aclaración».

Nathan Forbes empezó a sonreír entonces.

—La felicito —dijo.

—Su disfraz es muy bueno, pero no me engañó. ¿Me guarda rencor, Nathan?

—No... Sería estúpido. Debo agradecerle que haya tomado medidas informativas, antes de enviarme al infierno. Me gustaría saber, no obstante, quién la ha informado tan exactamente sobre mí. No creo que mis huellas obren en poder de ningún archivo egipcio.

—La información me ha sido remitida desde Washington —suspiró la dama—. Me llamo Drusille Horne. De la

C. I. A.

¿Cree que podríamos colaborar, Nathan? Ambos nos hemos presentado mutuamente; tal vez nos encontremos en Alejandría persiguiendo el mismo objetivo; los dos luchamos por el mismo país...

—Todo es cierto. También lo es cierto que F. B. I., y C. I. A., en ocasiones, deberíamos coordinar nuestras acciones. Bien... ¿me suelta, Drusille?

—Sí...

Ella se puso en pie, se situó a espaldas de Nathan Forbes, y empezó a desatarle. El falso turco permanecía silencioso. Instantes

más tarde, pudo ponerse en pie, y realizar unas flexiones, pasear un poco, para desentumecerse, para restablecer la circulación normal de la sangre. Drusille Horne le miraba. Encendió dos cigarrillos, y tendió uno al agente del

F. B. I.,

quien lo agradeció con un simple gruñido.

De pronto, Drusille dijo.

—Marouhssa era un enlace de la

C. I. A.,

Nathan.

Él la miró, reflexionando.

Meneó la cabeza.

—Bien... Creo que adivino lo ocurrido —dijo, por fin—. Marouhssa creyó que yo era de la

C. I. A.,

y de ahí que quisiera informarme de algo. Me confundió, Drusille. Y..., mi actitud más bien conservadora, desconfiada, tiene una explicación muy simple: yo estoy completamente solo en Alejandría. Hasta ahora, he estado solo, sin enlaces. No esperaba facilidades por parte de nadie. Por tanto, es lógica mi cautela ante Marouhssa. Eso fue lo que sucedió: ella debió creer que yo era de la C. I. A.

—Sí... Supongo que fue eso, Nathan... Como sea, hemos perdido una ayuda eficaz. Está claro que Marouhssa tenía algo que comunicar... Yo llegué tarde... Me desconcertaba tu presencia, perdí tiempo vigilándote... Y, claro, no quería acercarme a Marouhssa porque ésta perdía mucho tiempo contigo; me mostré prudente... Quise saber qué sucedía, antes de trabar contacto directo con Marouhssa... Lamentablemente, nosotros dos, Nathan, hemos dejado esfumarse nuestra fuente de información.

Nathan asintió con la cabeza.

—De todos modos —dijo—, tenemos el «Chez Lucienne».

—Ya he pensado en eso —dijo Drusille—. Pero dudo de que tú seas eficaz cerca de «Chez Lucienne». Te conocen.

—Cierto...

—Por consiguiente, creo que yo...

—Un momento, Drusille, un momento...

Ella calló; miraba, interrogativamente, a Nathan.

Nathan dijo:

—Creo que antes deberíamos saber si es cierto que nuestras misiones coinciden; por lo menos hasta cierto punto. Si es así, podemos actuar juntos. De lo contrario, estamos perdiendo el tiempo. Pongámonos de acuerdo al respecto, y veremos si el trabajo en común es posible.

Drusille asintió con la cabeza.

—Primero tú —dijo, sonriendo.

—Mataron a un agente del

F. B. I.,

en San Juan de Puerto Rico.

Drusille frunció el ceño.

—¿Por qué? —inquirió.

Nathan vaciló un instante. Drusille mostraba una sonrisilla.

—Está bien... Llegó al aeropuerto de San Juan un viajero que infundió sospechas al

F. B. I.,

Delegación de San Juan. Uno de nuestros agentes se ocupó de investigar al viajero, que debía esperar en San Juan un día; una escala en el viaje. El viajero se instaló en un hotel, y nuestro agente, en una de las ausencias del viajero, entró en su «suite», registrándola. Encontró nada menos que la cantidad de dos millones de dólares, en efectivo, en un doble fondo de una de las maletas del viajero. Tan pronto realizó el hallazgo, llamó por radio a la Delegación, comunicándolo. Y a continuación, guardó uno de los billetes en un camuflaje de uno de sus zapatos.

Drusille escuchaba atentamente.

Nathan la miraba, espiando su expresión.

—No parece cosa de la

C. I. A.,

¿eh, Drusille? —dijo.

—Sigue, por favor.

—Bien. Ese descubrimiento fue lo último que comunicó nuestro agente especial, que fue hallado muerto en el cuarto de tal viajero.

Drusille iba a abrir la boca, pero Nathan la cortó:

—No he terminado. Se retiró el cadáver de la «suite», y se dio orden de capturar al viajero..., que desapareció. Además, se encontró el camuflaje en el zapato del agente especial asesinado,

y... se descubrió que el billete era falso. Por consiguiente, el

F. B. I.,

tiene motivos para entrar en acción; se busca a un monedero falso, asesino, además, de un agente del

F. B. I.

—¿Y la pista conduce hasta Alejandría, Nathan?

—Pistas muy confusas... —suspiró Nathan—. Debo admitirlo. Pistas en «Chez Lucienne», donde, por lo visto, ocurre algo. Hasta el momento, me he limitado a observar. Cuando Marouhssa empezó a descubrirme que había algún juego..., perdí el control de la situación.

Drusille fumaba y reflexionaba.

—¿Y bien? —inquirió Nathan.

Ella le miró a los ojos.

—Uno de los dos está errando la pista, Nathan... —musitó—. O eso, o se trata de una coincidencia extraordinaria.

—¿Por qué?

—La

C. I. A.

conoce ese capítulo que me has contado, ocurrido en San Juan de Puerto Rico.

—¿Cómo es posible?

—Bueno... —sonrió levemente—, tiene una explicación, es claro. El viajero que mencionas, el que llevaba dos millones de dólares...

—Falsos —puntualizó Nathan.

—Ahí está lo extraño, Nathan. Ese viajero, digo, salió de Estados Unidos con dos millones de dólares, pero legales.

—¿Cómo lo sabe la

C. I. A.?

—Fue la

C. I. A.,

quien le entregó ese dinero. Y puedo asegurarte que fue dinero legal, Nathan.

El desconcierto hizo que la frente de Nathan se arrugara. Miraba a Drusille como tratando de descubrir dónde estaba la mentira. Pero la mirada de ella era recta, tranquila.

—¿Y por qué ese hombre, en tratos con la

C. I. A.,
al parecer, asesinó a un agente del
F. B. I.?

—inquirió Nathan.

Drusille negaba con la cabeza.

—No lo hizo él, Nathan —dijo.

—¿Cómo lo podéis saber?

—Fácilmente. Recibimos una comunicación, en la que se nos decía que... el viajero había llegado a su país. Huyó, se esfumó en San Juan, aterrado por haber hallado en su «*suite*» del hotel a un hombre asesinado. El viajero registró al muerto, descubriendo que era un agente del

F. B. I.

Entonces, hizo un paquete con el dinero, dejó las maletas en el hotel y viajó por sus medios. Llegó a su país, hizo entrega del dinero a quien correspondía y relató su historia, que nos fue comunicada a la central de la

C. I. A.,

junto con una furiosa nota, porque afirman que la

C. I. A.,

estaba realizando un incomprensible juego sucio, por dos motivos.

Uno: poner junto al viajero a un agente del

F. B. I.

Dos: por entregar dinero en billetes falsos. Además, quieren saber por qué apareció muerto el agente del

F. B. I.,

en la «*suite*» del viajero.

Nathan paseó un poco, lentamente, pensando.

—Entonces —dijo—, el viajero que se hizo sospechoso al

F. B. I.,

en San Juan, era alguien en tratos con la

C. I. A...,

Alguien a quien la

C. I. A.

había entregado dos millones de dólares, de curso legal. Bien..., ¿qué clase de tratos? ¿Cómo es posible que luego aparecieran los billetes falsos?

—Bueno..., el trato con ese hombre era... algo especial. Una operación de la

C. I. A.,

Nathan.

—¿Qué clase de operación?

—Bueno...

—Es mejor hablar claro, Drusille.

—Está bien. Ese hombre es de un país africano, que parece ser que está dispuesto a alinearse... Y se inclina por Rusia. Entonces, nosotros hemos creído conveniente que dicho país cambie de inclinaciones, y...

—Ya entiendo —gruñó Nathan...: Lo de siempre. Buscáis un hombre fuerte, de nuestra ideología, y se le remite ayuda material, en dólares, como sea, para que ese hombre tenga poder, por ejemplo, para derrocar al Gobierno, y formar uno más de acuerdo con las ideas de Estados Unidos. De ese modo, la

C. I. A.,

financia un golpe de Estado, que beneficia a nuestro país, que, a partir del golpe de Estado, cuenta con un alineado más; un... aliado más. ¿Es eso?

—Pues sí, Nathan. Exacto. La

C. I. A.,

está ayudando a un hombre fuerte de dicho país, para derrocar al actual Gobierno, y formar otro que se alinee para nosotros. Y esos dos millones son parte de la ayuda. Y se efectúan las entregas en Estados Unidos, sin utilizar más intermediario que quien recoge el dinero. Es el medio más simple, para evitar toda posible actuación de espías y contraespías. El delegado de nuestro hombre fuerte en el país en cuestión se limita a recoger el dinero y trasladarlo a su país. No se efectúa ninguna operación extraña. Nada. Una entrega en efectivo es todo.

—Sin embargo, el dinero que llegó... ya no sólo a ese país, sino a San Juan de Puerto Rico, era ilegal; moneda falsa, Drusille.

—Sí... Eso parece...

—Creo que no sólo lo parece —gruñó Nathan—. Y ese hombre pudo matar a nuestro agente especial, por miedo a...

—No lo hizo, Nathan. Entiéndelo: no tiene el menor objeto. Por otra parte, el viajero ni siquiera sabía que llevaba dinero falso. De

otro modo, se hubiera quejado antes a la

C. I. A.

La situación, Nathan, es ésta: Alguien sustituyó el dinero legal que llevaba el viajero. Alguien vigilaba al viajero, y se alarmó al ver en acción al

F. B. I.

Por tanto, no es difícil deducir que quien sustituyó el dinero legal por el falso asesinó también al hombre del

F. B. I.

Nathan fue asintiendo con la cabeza.

—Es posible que ocurrieran así las cosas, Drusille... —musitó.

—Tienen que haber ocurrido así.

Nathan la miró a los ojos.

—¿Y quién pudo sustituir el dinero, Drusille? —inquirió—. ¿Quién sabía que aquel hombre era el delegado para recogerlo, y que estaba en tratos con la

C. I. A.?

Drusille sonrió.

—Aquí es donde se definen nuestras misiones, Nathan —dijo—. Yo, precisamente, he de descubrir eso: ¿quién?

—¿En Alejandría?

—Mis pistas, también confusas, me han traído hasta aquí. No sé si sabes que... el viajero es africano, Nathan. Naturalmente, todos pensamos lo mismo: existe un traidor en la

C. I. A.

No sabemos si se trata de algún enlace africano, o bien... está en nuestra sede... Yo... traté el asunto con mucha cautela y recelo en lo concerniente a Marouhssa, porque, compréndelo, hasta que se descubra la verdad, cualquiera puede ser ese traidor..., magníficamente informado, claro.

—Entiendo. Tú, por consiguiente, estás buscando al traidor; a quien esté al corriente de los movimientos que efectúe la

C. I. A.,

relativos a ese país que interesa se alinee con nosotros.

—Sí. Busco a un traidor; eso es, Nathan.

—Muy bien... Yo busco al asesino de un agente del

F. B. I.

Y, claro, la situación para mí es ahora distinta, puesto que no

parece lógico que el viajero a que nos venimos refiriendo asesinara a nuestro agente. Me inclino ya, decididamente, por creer que los mismos que sustituyeron la moneda legal por la falsa son los asesinos..., y cuentan con todas las probabilidades de ser los monederos falsos.

—Ahora estamos razonando... —suspiró Drusille.

—Y me pregunto qué ganamos con ello —gruñó Nathan.

—Bueno..., sabemos algunas cosas. Por ejemplo, que en Alejandría, y concretamente en «Chez Lucienne», existe alguien interesado en cerrar bocas. Como la de Marouhssa.

—Entonces, hay que descartar a Marouhssa como traidora.

—Pues..., sí. Creo que sí.

—¿La

C. I. A.,
tiene algún otro enlace en Alejandría?

—No.

—Entonces, vuestro traidor no está aquí, Drusille. Podemos estar siguiendo pistas falsas, y la muerte de Marouhssa obedecer a algo muy distinto a lo que buscamos. Si aquí no está vuestro traidor, cabe que tampoco estén los monederos falsos, ya que todo indica que actúan de común acuerdo. Y si no está el traidor a la

C. I. A.,
ni los monederos falsos, ni los asesinos de un hombre del

F. B. I.,
me pregunto qué demonios hacemos tú y yo aquí —rezongó, desconcertado, Nathan.

—Vas muy lejos, Nathan... Puede que aquí no esté el traidor, pero sí todo lo demás. Hay otros enlaces de la

C. I. A.,
en África, y no lejos de aquí. El Cairo, Port Said, Khartum...

—Está bien. Si hay que hacer algo, debemos empezar por «Chez Lucienne». ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Por completo, puesto que el primer movimiento ha partido de ahí —respondió Drusille—. Pero..., ¿qué hacemos?

Nathan quedó pensativo unos instantes.

Luego, se acercó a Drusille, alargó las manos, y la puso en pie. Ella le miraba, expectante.

—¿Qué haces, Nathan...?

—Me has preguntado qué debemos hacer, ¿no?

—Bueno..., debes tener algún plan...

—En efecto, uno. Y..., es el que hay que poner en práctica inmediatamente.

—Te escucho...

—Se trata de mi venganza —dijo Nathan.

—¿De... de tu...?

—De mi venganza.

—Un momento, Nathan...

No la dejó terminar de hablar. La rodeó súbita y fuertemente con ambos brazos, e inclinó la cabeza, alcanzando de lleno los labios de Drusille, la cual, tras el primer conato de resistencia, se sintió apresada, oprimida, inútil, incapaz... Al mismo tiempo, era una impotencia dulce, llena de calor, que la dejó a merced del falso turco, cuyo anillo estaba muy quieto en aquellos momentos. Nathan alargó el beso hasta que notó que Drusille se removía, sin aire ya, seguramente. La soltó, y, sonriendo de modo un tanto ceñudo, la miró a los ojos.

—Dime, nena: ¿De veras no entiendes esas cosas del amor que yo te dije que proyectaba con Marouhssa? —musitó Nathan.

—Has..., has empezado por el final, Nathan... —susurró ella.

—No entiendo.

—Primero es la misión...

—¿Y si morimos?

—Por favor...

—¿Crees que no puede ocurrir?

—Suéltame... Suéltame, Nathan...

—No, no... Si hay que morir, primero es vivir.

Y la volvió a besar. Luego, notó que los brazos de Drusille le rodeaban el cuello, con fuerza. Ella correspondía al beso con algo que gustó al hombre del

F. B. I.

III

EL café «Chez Lucienne» estaba realmente abarrotado aquella noche. Lleno de humo, con gente europea y africana ocupando las mesas redondas. La mayoría consumían alcohol; otros, los musulmanes, café turco, aunque algunos hacían caso omiso de las prohibiciones del Corán. La pista central estaba animada por un cuadro de baile moro, y se esperaba la aparición de la nueva estrella, ya que se había anunciado que Marouhssa estaba indispueta.

Con paso decidido, Suleyman Izmir se metió en el café, y empezó a abrirse paso hacia el fondo, donde estaban los interiores del mismo. Había dos puertas; una de ellas era la que daba acceso a los artistas. La otra casi siempre estaba cerrada; y algunas veces dejaba visible a Lucienne; cuando no actuaba, cuando, simplemente, se dedicaba a observar la marcha del negocio.

Suleyman fue visto casi inmediatamente, pero luego desapareció, tocando la puerta que utilizaba Lucienne.

El falso turco, con las cejas muy juntas, con mucha prisa al parecer, miró al tipo de la sahariana blanca y turbante verde que se le había puesto delante. Fawzia iba a abrir la boca, pero un tremendo puñetazo en el estómago le dejó inclinado, con las nalgas apoyadas en la puerta. En tal postura, era inevitable que cayera sentado cuando Suleyman abrió la puerta, para colarse en el pasillo. De dos puntapiés quitó de en medio a Fawzia, y cerró luego la puerta, por dentro, con pestillo.

Se volvió, observando las dos puertas que había en el pasillo. Sólo en una de ellas había luz.

Caminó hacia ella, e iba a entrar, cuando notó la llegada de un árabe, vestido con su chilaba, y una mano ocupada por un

espeluznante cuchillo. El tipo, sin preguntar, sin hacer averiguaciones, se lanzó contra Suleyman.

El salto de Masquid falló ridículamente; su cuchillo soltó el tajo en el aire.

Además, se encontró con la diestra atrapada, y con otra mano apoyada en su costado; ése fue el modo en que Suleyman aprovechó el impulso del árabe, levantándole fácilmente, para luego estrellarle contra la pared del pasillo.

Masquid quedó en el suelo, con los ojos girando torpemente.

Trataba de ponerse en pie, cuando Suleyman le asestó un puntapié en el mentón, de modo que la coronilla chocó contra la pared. Masquid quedó en extraña postura, cruzado sobre el pasillo.

Suleyman, entonces, se acercó de nuevo a la puerta.

La empujó, y se coló en aquel cuarto.

La reacción de Lucienne trataba de ser fulminante, pero Suleyman fue mucho más rápido, llegando a atrapar la diestra de Lucienne, antes de que ella abriese un cajón de su escritorio, para empuñar la pistola. Y tirando de aquella mano, retorciendo el brazo de Lucienne, Suleyman la obligó a abandonar el asiento, ponerse en pie, y quedar pegada a él dándole la espalda.

—Eso es... Quieta... —Gruñó Suleyman.

—¿Qué...?

—Te lo explico en unos segundos. La verdad es que tengo una enorme prisa —dijo el falso turco—. Mi barco zarpa dentro de quince minutos. Y me marcho con él. Por consiguiente, es inútil que cuando yo salga de aquí..., y si es que te recuperas a tiempo, mandes a nadie detrás de mí. Y no te mato porque no quiero ese tipo de líos...

—Pero...

Suleyman la hizo girar bruscamente, y Lucienne se enfrentó al rostro sombrío, a la mirada fiera de Suleyman, quien mostraba en la diestra una fina daga. Luego, Suleyman empezó a sonreír, torcidamente, mientras Lucienne palidecía por momentos.

—Ahora no están tus perros con chilaba... —musitó Suleyman—. Puedo realizar tranquilamente mi venganza. ¿Sabes?, Marouhssa valía mucho más que tú. Ahora ya no, puesto que está muerta. Y para ciertas cosas, muy estrechamente ligadas con el encanto de la mujer, tú también estarás muerta dentro de poco... Es mi venganza.

—Es..., estás loco... —jadeó Lucienne, tratando de soltarse.

Suleyman intensificó la presión, y la mujer tuvo que ceder en su esfuerzo, si no quería dejar el brazo entre las manos del falso turco.

Suleyman, siempre encarado a ella, acercó la punta de la daga al escote del vestido de Lucienne; apoyó la punta en la piel y...

Suleyman rió roncamente.

—Quedará una fea cicatriz —aseguró—. Pero ahí no he terminado...

—Ya..., ya basta, salvaje... Fue... fue un error...

—¿A mí qué me cuentas de eso? También queríais matarme a mí... Lo que siento es tener tanta prisa; ni siquiera puedo preguntarte por qué. Pero..., espero que ya, para siempre, recuerdes a Suleyman Izmir.

Ella iba a gritar, pero la zurda de Suleyman le agarró el cuello, brusca, salvajemente, apretando.

—Calla... —masculló Suleyman—. Prosigo...

Le señaló la mejilla, profundizando sin miramiento alguno.

Estaba aterrada Lucienne, con ojos muy abiertos, llenos de lágrimas. Su vestido cortado, y un simple movimiento, bastaron para que Suleyman sonriera. De todos modos, no quiso ir más lejos, y le soltó el cuello, pero tan sólo para pegarle un golpe en el mentón, tirándola de espaldas sobre un viejo sillón, que se volcó, dejando a Lucienne en postura entre ridícula y trágica.

Luego, rápidamente, Suleyman realizó una simple operación, y fue hacia la puerta.

La abrió de un tirón, observando que Masquid seguía sin sentido. Y junto a la puerta, Fawzia, estaba empezando a incorporarse.

Suleyman llegó junto a él, e incluso dejó que el árabe viera su sonrisa torcida, feroz.

Y antes de que Fawzia pudiera hacer algo por evitarlo, Suleyman le asestó un punterazo en la frente, dejándole de espaldas, con el cuerpo sobre las piernas, dobladas.

—Tenéis suerte... —susurró Suleyman—. Tal vez vuelva... Es muy posible, sí...

Abrió la puerta, y pasó al bar.

Observó miradas de recelo, pero, inmediatamente, se dirigió hacia la salida. Se abrió paso entre la gente, que protestaba por la

intromisión, ya que la nueva estrella estaba muy atareada para quitarse el último velo..., sin utilizar las manos; había de ser con contorsiones, con aquel baile extenuante.

Llegó a la salida, y supuso que no tardaría en tener detrás a varios de aquellos fantasmones de chilaba y daga. Por tanto, echó a correr en la dirección prevista. Había sido un golpe audaz, rápido. Un golpe por sorpresa. Corrió por aquellos callejones con olor a pescado, a mar, a basuras... Se deslizó por parte del muelle de pescadores, hasta llegar a Sharia Abedine, una de las arterias perpendiculares al puerto; una calle con relativa iluminación, con anuncios luminosos de colores, con la humedad propia del puerto, con sus sombras móviles y los clásicos durmientes callejeros...

El coche estaba intacto. Suleyman se introdujo en él y lo puso en marcha.

Hacía un instante que Suleyman había entrado en la casa. Apareció en la estancia donde estaba instalada Drusille, que le miró sonriendo. Suleyman se quitó el chaquetón azul marino, y cuando se sentó junto a Drusille, ésta ya le tenía encendido el cigarrillo, que le colocó entre los labios.

El hombre del

F. B. I.,

fumó unos instantes en silencio, mirando el aparato que había sobre aquella mesita redonda, donde resaltaba el cenicero lleno de colillas.

—¿Y bien? —inquirió, por fin, Nathan—. ¿Ha valido la pena?

Drusille se encogió de hombros.

—Esperemos —dijo.

—¿Esperar? ¿Acaso ese armatoste no ha registrado sonido alguno? —rezongó, ceñudo.

—Eso, sí, Nathan... Puedo decirte que Lucienme ha reaccionado de un modo..., incluso histérico; con auténtica furia... ¿Qué le has hecho?

Nathan sonrió fríamente.

—Nada. Menos de lo que se merece —dijo.

—Bien... Como sea, el micrófono que colocaste funciona perfectamente. En ese aspecto, ha valido la pena correr el riesgo de que te metieras allí con una... excusa verosímil, como es la de esa

venganza. He oído que daba órdenes furibundas de correr hacia el buque «Ankara», y si éste no había partido que te atraparan con vida; que te condujeran ante ella. ¿Qué le has hecho?

—Eso no importa, ¡demonios! ¿Qué más?

—De momento, nada más. Ha debido salir de la estancia donde está colocado el micro.

—Ya... Entonces, es cuestión de esperar, ¿no?

—Eso parece.

—Pues esperemos. El riesgo ha sido mayor de lo que imaginas.

Ella sonrió.

—¿Quieres un poco de café, Nathan? —inquirió.

—Si eres tan amable...

—Claro que sí. Permanece atento al reproductor de sonido. Mientras, preparo el café. Nos iremos turnando en la vigilancia de ese aparato. No podemos correr el riesgo de perder una sola palabra.

—Claro que no.

—Ahora vuelvo.

Nathan quedó solo, fumando, mirando el aparato reproductor de sonido y sonriendo secamente. Era seguro que Lucienne estaba intentando hacer algo por su rostro... Pero tendría que regresar; el micro estaba colocado en el despacho, cerca del teléfono; debajo de la mesa, y cerca del teléfono.

Había regresado Drusille con café para dos, que dejó sobre la mesita, junto al aparato, sin que éste produjera sonido alguno. Era ya bastante el tiempo transcurrido, y ambos se miraron, comprendiéndose.

—¿Crees que lo habrán descubierto, Nathan? —musitó Drusille.

—Cabe. No obstante, es difícil. Lucienne debe estar convencida de que sólo quería vengarme por lo de Marouhssa... Se supone que yo soy un enemigo suyo en otros terrenos, la hubiera matado. Y si no sospechan, difícilmente tienen por qué buscar un micro en ese despacho.

—Parece lógico. Pero..., Nathan.

Nathan asintió con la cabeza, y dio mayor volumen al aparato reproductor. Ambos, silenciosos, estaban muy atentos.

Oyeron primero un portazo. Luego:

—¿Qué? —La voz de Lucienne, ronca, llena de ira.

—El barco zarpó, *madame*... Estaba lejos cuando llegamos...

—Maldito... Maldito un millón de veces...

—¿Por qué lo hizo, *madame*?

—¡No importa! Os sorprendió... Debería mandar azotaros...

—*Madame*, no pudimos...

—Callad. Quiero que averigüéis si es cierto que ha zarpado con el buque... Y si estuviera en Alejandría... Está bien. No debo dejarme arrastrar por la ira. Afortunadamente, parece ser que el turco, en definitiva, nada tenía que ver con otros asuntos. De modo que nos precipitamos al matar a Marouhssa..., aunque, es cierto, ya os lo dije, que hace algún tiempo que su actitud me parecía sospechosa. Ahora, fuera de aquí. Que vaya alguien a investigar si es cierta la marcha del turco. Que sea discreto... ¡Fuera!

Cesaron las voces tras los rumores de la salida de dos individuos a los que Nathan recordaba muy bien.

Y ya, silencio total.

—Bueno, esto no es gran cosa, ¿eh? —Gruñó Nathan.

—De momento, no es poco poder confiar en que oiremos cuánto ella hable desde ese despacho.

Nathan asintió con la cabeza. Terminó el café y dejó la taza sobre la mesita.

Drusille, mirándole, escrutándole, dijo:

—Creo que deberás prescindir de ese camuflaje: de tu personalidad de Suleyman Izmir, Nathan.

—Sí... No ha sido muy útil, ésa es la verdad.

—No diría tanto. Debes despedirte de ella. Además..., ese horrible aro... Pero..., ¿sabes una cosa, Nathan? Creo que ese maquillaje te favorece mucho. Así..., con este aspecto, eres incluso un hombre guapo. Esto... huele un poco a vanidad masculina... sonrió irónicamente.

Nathan se puso en pie y se acercó al pequeño espejo que colgaba de un clavo, en la pared. Se miró al espejo y se quitó el aro. Luego procedió a quitarse unos trozos de peluca postiza; unos cabellos rizados. Quedó también sin el frondoso bigote muy negro. Y fue todo. Su cabello natural era oscuro, con leve ondulación; su rostro atezado, moreno; su boca, la misma, con aquellos dientes muy blancos... Con todo el camuflaje se acercó a la mesita, dejándolo sobre ella.

Drusille le miraba, perpleja.

—¿Sólo eso? —inquirió.

—Sólo, cariño. ¿Sigo pareciéndote un hombre..., incluso guapo?

—Pues..., pues, sí, Nathan...

—Bien...

—Nathan, nos turnaremos en el descanso. Siempre uno de nosotros estará atento a...

—¿Y por qué no los dos, querida?

—Bien...

—¿Tienes miedo de estar aquí, conmigo? Lo único que tenemos que hacer, por ahora, es estar aquí, contemplando ese artefacto. Hum..., propongo que hagamos algo para que la espera, la vigilancia, no sea monótona. ¿Te parece bien?

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Pues...

Nathan, tranquilo, miró atentamente a Drusille; rostro, busto, cintura; las piernas que ella tenía cruzadas, y visibles hasta medio muslo... Drusille fumaba, velándose la expresión con el humo.

—¿Aún no terminas, querido? —inquirió.

—Estaba pensando... En camuflajes, claro.

—Nathan..., ¿supones que yo me he...?

—Me gustaría comprobarlo.

—Ah, ah... Todo lo que ves es natural.

—¿Y por qué he de creerte?

—Casi nunca digo mentiras —sonrió Drusille.

—Confiaré en tu palabra. Y..., ya sé qué podemos hacer para que la espera no resulte aburrida.

—Me gustará oírlo.

—Pues..., podemos dedicarnos al amor. Cuando un hombre y una mujer están solos, es imperdonable que se mencione tan siquiera la posibilidad de aburrirse... Entre un hombre y una mujer el aburrimiento no cabe. ¿Estás de acuerdo?

—En nada.

—Vaya... Quizá te convenza.

La puso en pie de un tirón, apoderándose de ella. Drusille tuvo que cerrar los ojos.

—O cedo, o tengo que matarte... —musitó.

—Mi querida espía..., eso que has dicho ha descubierto tu juego

—susurró Nathan.

—Supongo que sí... Dime una cosa: ¿qué piensas hacer, una vez resolvamos este asunto?

—Lo pensaré cuando llegue el momento.

—¿Me dejarás pensar a mí también?

—¿Para qué, muñequita?

—Yo...

—Déjame la iniciativa a mí...

—De acuerdo...

El beso fue, en verdad, intenso. Y luego, Nathan, entornando los ojos, miraba atentamente el fino y bonito rostro de Drusille.

—Nathan..., dije la iniciativa sobre la misión... —Casi gimió ella.

IV

UNOS minutos más tarde, Drusille ya no recordaba nada sobre la iniciativa, ni en qué había que emplearla; ni siquiera recordaba pensar. El juego del amor estaba resultando... absorbente. Un resultado inesperado, por cierto. De ahí que, tras uno de los besos, tomara el rostro de Nathan con las dos manos, mirándole intensamente a los ojos.

—Nathan..., ¿es sólo para no aburrirte? —musitó.

—No, mi pequeña espía...

—Hay algo más, ¿verdad?

—Lo hay, en efecto.

—Dime: ¿qué más hay? —susurró Drusille, con sus labios apenas a una pulgada de los de Nathan Forbes.

—Es que... decirlo todo de una vez...

—Te lo suplico, Nathan. Y no te burles.

—Te lo diré: amor. ¿Me crees?

Drusille permaneció silenciosa casi durante un minuto. Luego, sonrió dulcemente y apoyó una mejilla contra otra de Nathan. Y murmuró:

—Quiero creerte, Nathan... Es inquietante, turbador; da miedo. Pero aun así, quiero creerte...

—Sobre la inquietud quería hablarte, Drusille... Hasta el momento, nada indica que vayamos a encontrar aquí al traidor a la C. I. A.,

que constituye casi específicamente el objeto de tu misión. En cuanto a mí, al

F. B. I.,

es dudoso, asimismo, que tenga éxito en Alejandría. Estamos a oscuras, controlando a alguien a quien en verdad desconocemos.

Eso... puede reportar riesgos que...

Ella puso un dedito sobre los labios de Nathan.

—No seas egoísta, querido —musitó—. Yo quiero participar.

—Estaba hablando en serio. Drusille. Si los acontecimientos demostraran que nos hallamos en el buen camino...

—Por favor, Nat —dijo ella, soltándole el rostro—. Si se demuestra que andamos sobre la auténtica pista yo, también completamente en serio, tengo que decirte que debo seguir luchando...

Nathan la miraba a los ojos.

Tuvo que asentir con movimientos de cabeza.

—Comprendo, Drusille... —dijo con voz tenue.

—Eso está mejor, Nathan.

—Sí, tengo que pedirte, no obstante, que me dejes llevar la iniciativa.

—Acepto.

Él acarició las finas mejillas de Drusille, y dijo:

—Hum... ¿Sabes?, no eres la mujer más hermosa que he conocido, de todos modos. ¿No es extraño?

—¿No soy la más hermosa?

—Pues, no...

—¿Cómo lo sabes?

—Bien...

—Algún día tendrás que arrepentirte de haber dicho eso. Y retractarte, por supuesto.

Nathan sonrió, irónico.

—¿No podría ser ahora, mi querida espía? —musitó.

—Oh, Nathan... Siempre quieres empezar por el final...

Él tenía los tirantes del vestido de Drusille sujetos. La miraba a los ojos y observó que Drusille, aun silenciosa, le estaba pidiendo algo. Mudamente le pedía que no lo hiciera. Y Nathan la soltó lentamente. La besó en los labios, con brevedad.

—Perdona... —murmuró.

—No es...

Les interrumpió el aparato reproductor que, en aquel instante, estaba retransmitiendo el sonido de un teléfono. Inmediatamente, Drusille y Nathan se sentaron, muy atentos, expectantes, con la frente arrugada Nathan y encendiendo un cigarrillo Drusille. El

teléfono sonó varias veces antes de que se oyera el ruido de la puerta, y luego la voz de Lucienne:

—¿Sí?

No era perceptible la otra voz.

Y de nuevo se oyó la de Lucienne:

—Nada. Y no es posible.

De nuevo Lucienne:

—No, no... Los inconvenientes son los de siempre.

Una pausa, y la voz de Lucienne:

—De acuerdo. Entonces, tengo que admitir que las dificultades han crecido. No es posible, de momento, hacer nada. Lo siento, pero creo que es por la seguridad de todos. Es fácil de comprender. La última operación no fue tan limpia como las anteriores. Yo le entiendo a usted perfectamente, y es claro que perjudico mis intereses con esta negativa. Y entienda también que no es un perjuicio caprichoso que quiero causarme a mí misma. Habrá que tener paciencia, Von Stül Nagel.

Nueva pausa, y otra vez la voz de Lucienne:

—Pero no ocurre nada por esperar un poco... ¿No lo entiende? Las precipitaciones, a más o menos corto plazo, conducen al fracaso. Dejemos así las cosas, por ahora. Yo iré insistiendo; iré tratando de averiguar cuál es la situación, y en qué momento interesa reanudar las actividades. Sepa esto, Von Stül Nagel: a todos nos interesa la discreción, el silencio, el éxito... Por tanto, le ruego que no insista, por ahora...

Se oyó un poco la excitada voz del otro hilo, pero fue ininteligible para Drusille y Nathan, quienes de nuevo oyeron a Lucienne.

—Lo que haga es cosa suya. No obstante, un prudente consejo es el de que no se mueva. Es solo... una paralización momentánea; no definitiva, ni mucho menos. Sea sensato, Von Stül Nagel. Y ahora, cuelgo. No llame de nuevo, no insista. Ya le avisaré.

Lucienne colgó el teléfono, se oyó el sonido de un encendedor, el chirrido de una silla al ser corrida...

Y silencio.

Drusille y Nathan cambiaron una mirada.

—¿Has oído mencionar alguna vez ese nombre, Drusille? —inquirió Nathan—. Me refiero, es claro, a ese Von Stül Nagel.

Drusille negaba con movimientos de cabeza.

—No... Es la primera vez, Nathan.

—Bien... ¿Deduces algo?

Drusille vaciló. Dijo:

—No sé... Eso de que las dificultades han crecido... Y paralización momentánea de ciertas actividades. Es todo muy vago, Nathan. Puede interpretarse de mil maneras, y estar equivocados en todas. Pueden estar refiriéndose a algo muy distinto a nuestro asunto. Incluso si se tratara de comercio de esclavos, pongamos por caso, cabe esa conversación... Cabe en cualquier cosa.

—Sí... Es cierto. Sin embargo, no pienso olvidar el nombre de Von Stülnagel.

—¿Vas a hacer algo, Nathan?

—Sí... Es necesario. Pensaré, de momento.

—¿Quieres descansar? Yo sigo a la escucha.

Nathan sonrió.

—Está bien, Drusille... Llámame cuando tengas sueño; aunque supongo que Lucienne duerme alguna vez...

Cuando abrió la puerta de aquella discretísima casa, en una calle estrecha, sin luz, sin el menor vestigio de asfalto, Drusille pestañeó. Luego se hizo rápidamente a un lado, y dijo:

—Entra, rápido, Nathan.

Nathan Forbes entró en la casa, sonriendo levemente.

—¿Algo no va bien? —inquirió.

—Bueno..., en lugar de esa sahariana blanca, tan llamativa, yo hubiese optado por una chilaba oscura o a rayas, Nathan.

—La chilaba es molesta en plan de acción: entorpece los movimientos a quien no está acostumbrado a ella. En cambio, esto...

Se desabotonó parte de la sahariana, dejando visible el negro jersey que llevaba debajo. Drusille asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero..., has dicho acción, Nathan. ¿Piensas, acaso, lanzarte a fondo?

—Es la mejor oportunidad.

—Creo que no entiendo...

—Es sencillo, nena espía: Lucienne, en estos momentos, está fuera de contacto con respecto a ese Von Stülnagel. Por consiguiente, éste no debe esperar refuerzos, y la ocasión es buena

para mí; para saber quién es ese hombre que tanto insiste para que se reanuden las actividades..., no sabemos a ciencia cierta cuáles. ¿Bien? He buscado en un listín de teléfono, y tengo sus señas: el 90 de la «rue» Rasdafah. Iré esta noche. Tu arsenal me será muy útil, Drusille.

—¿Piensas ir solo?

—Creo que es lo mejor. Alguien debe quedarse aquí para seguir captando a Lucienne. Ésta, recuérdalo, dijo que intentaría averiguar cuándo y cómo puede reanudar las actividades. Puede que lo intente desde su mismo despacho; o que reciba a alguien... No podemos abandonar el control de ese reproductor. ¿Lo entiendes?

Drusille asintió varias veces con la cabeza.

—De acuerdo, Nathan. Seguiré a la escucha.

—Si no regreso, busca refuerzos.

—Por favor... No lo digas así, tan... fríamente.

—Lo siento, nena.

—Nathan..., además, ¿por qué no vigilar personalmente a Lucienne? En cuanto sale del despacho, la perdemos.

Nathan asentía con la cabeza.

—He pensado en ello, Drusille —dijo—. No obstante, esperaremos un poco para la vigilancia directa. Cabe que sin correr riesgos vayamos sabiendo lo que nos conviene. Primero veré qué hay con ese Von Stülnagel.

—Bien...

Pasaron al lugar donde estaba el reproductor. En silencio, el hombre del

F. B. I.,

estuvo repasando su arsenal, proporcionado por Drusille, ya que él se vio obligado a dejar zarpar el buque, sin poder tomar sus cosas. La culpa directa había lo de Drusille, que le había tenido retenido.

Luego, guardó la automática, la daga, y quedó encarado a Drusille.

—Saldré dentro de unos minutos —dijo—. Ha oscurecido ya.

—Bien... Cuidado, amor... —musitó.

Nathan se inclinó y la besó en los labios suavemente.

—Espero regresar antes de medianoche —dijo—. Si no es así..., ya sabes dónde me he perdido.

Drusille asintió con la cabeza.

—Creo que serán las horas más largas de mi vida —murmuró.

—¿Tanto, Drusille?

—Extraña pregunta, Nathan... ¿Tanto? No sé... Todo. Yo diría que todo, sea poco o mucho... Todo. ¿O es que el amor tiene medida?

—No creo.

—Nathan..., me siento estúpida en estas últimas veinticuatro horas... Pienso que no debería amarte, que no debería permitir que mi corazón causara un tumulto cada vez que acercas tus labios a los míos... No sé cómo evitarlo. Y ya..., aprenderé a no desear evitarlo... Sólo que..., en algún momento, pienso que esto luego puede quedar reducido a la nada; apenas al recuerdo del hermoso coloide una pompa de jabón. Y eso me entristece.

—Será algo más que un recuerdo, mi nena espía —sonrió Nathan.

Y la besó de nuevo. Drusille se aferró a él. Tras el beso, le fue soltando lentamente. Musitó:

—Vete ya, Nathan. Yo estaré aquí, a la escucha. Si fuese conveniente, por cualquier causa, que salga, te dejaré una nota por si regresas antes que yo.

Y dos minutos más tarde Nathan Forbes estaba en el coche de Drusille, poniéndolo en marcha, en dirección al centro. Tendría que atravesar enteramente la ciudad para llegar a «rue» Rasdafah, una de las que componen la zona residencial antigua de Alejandría, con sus grandes quintas majestuosas; con sus verdes jardines, muy frondosos, con su exquisito silencio, que ni siquiera turba la plegaria mahometana, llevada de la voz del «mussein».

Fue atravesando la pintoresca ciudad hasta llegar a la salida de Porte Rosette, una espléndida avenida, casi completamente bordeada por maravillosos jardines. Porte Rosette le condujo a las cercanías de «rue» Rasdafah, situada en una colina de suave pendiente. Se veían allí las residencias antiguas árabes; quizá alguna había albergado un harén y una vida similar a las de «Las mil y una noches».

Allí no se veían árabes desharrapados, ni durmientes callejeros, ni tipos vocingleros ofreciendo mercancías incluso escabrosas, como ocurría en El Cairo, donde, en cualquier esquina, le ofrecen a cualquiera un homosexual.

Aquella parte era tranquila, como sagrada.

Los minaretes estaban abajo; y también los dos puertos, con sus miserias.

El hombre del

F. B. I.,

rodó lentamente, hasta dejar el coche en un lugar discreto, metido entre palmeras, que crecían libremente en zonas amplias, sin amo. Y, desde aquel lugar, Nathan pudo mirar hacia la quinta correspondiente al número 90 de «rue» Rasdafah.

El edificio principal, con arcos, con dos plantas, con columnas, todo viejo y rancio, estaba semi oculto por vegetación y árboles. No obstante, era posible ver luz en ciertas dependencias de aquella residencia de «pachá».

Quince minutos más tarde, habiendo tomado toda clase de precauciones, Nathan se encontraba pegado al muro de la residencia, buscando un punto de entrada, que encontró en el ángulo noroeste. Tuvo que trepar a un árbol y luego quedar en pie sobre el muro; seguidamente, dejarse caer al suelo, en un salto de algo más de dos yardas, para quedar en el recinto de aquella residencia.

Caminó unos pasos hacia la residencia; al apartar unas plantas quedó petrificado, sin saber qué hacer, al ver a un hombre sentado en un banco, fumando un cigarrillo. Un tipo, a solas, que estaba de flanco a Nathan, con tantas probabilidades de verle que sólo tardó tres segundo en quedar tan petrificado como el hombre del

F. B. I.

Y el primero en reaccionar fue Nathan, quien, entendiendo el peligro, se abalanzó hacia aquel hombre, cuyo único movimiento fue el de ponerse en pie, evidentemente desconcertado.

Al ponerse en pie, Nathan descubrió que el tipo era en verdad esmirriado; un hombre pequeño, de escasa corpulencia, cabello gris... Un hombre vestido con un simple mono, y debajo camisa con corbata, de nudo flojo y cuello de la camisa abierto.

Antes de que aquel hombre despegara los labios para gritar ya tenía una garra estrangulándole y un puño se había clavado en su estómago, como partiéndole en dos, dejándole inclinado, con la boca abierta y soltando un hilo de saliva.

Un nuevo golpe, esta vez en el cuello, le dejó de costado en

tierra.

Nathan se aseguró de que aquel hombre estaba sin conocimiento.

Entonces, miró en torno.

Aquel inesperado encuentro había complicado aún más la difícil entrada en aquella residencia... Pues, sí: hasta se veía la piscina ovoide, con algas y flores encima, donde, quizá en tiempos no muy lejanos, las mujeres del harén se habían estado contemplando en la superficie del agua, rodeando la piscina.

Y aunque no parecía haber nadie más allí, Nathan no se atrevió a precipitar los acontecimientos.

Estaba reflexionando, cuando, con un sordo gruñido, vio que el tipo estaba despertando y le pegó un punterazo en el cráneo.

De súbito, se inclinó, agarró al tipo por el cuello del mono y empezó a arrastrarle.

Salió al claro, fuera de lo más frondoso del jardín, y pudo ver mejor a aquel hombre. Realizó un examen que le dejó con los ojos entornados, pensativo. Más decidido, siguió arrastrando al tipo hacia el muro. Llegó junto al muro y buscó la forma de salir de allí llevándose al tipo.

Fue buscando una zona donde el ramaje de los árboles le permitiera el objetivo. Estaba examinando un árbol cuando notó un rumor. Iba a girar, pero ya le habían asestado un feroz golpe en los riñones que le dejó arqueado, con un velo en el cerebro.

Un nuevo golpe, no tan doloroso, no tan certero, le tiró de cara contra el tronco del árbol. Nathan se abrazó a él y pudo respirar dos segundos.

Fue lo suficiente para que el hombre que se acercaba, despacio, creyendo ganada la presa, se confiara un poco. Y cuando estuvo al alcance de Nathan tuvo que lamentar su error, puesto que el hombre del

F. B. I.,

con las manos aferrando el árbol, lanzó un pie al encuentro del rostro del tipo, alcanzándole de lleno.

—Perro... —Oyó.

Se revolvió y saltó contra el árabe, cuando éste, pistola en mano, se aprestaba al disparo. Le paralizó los dedos de un tremendo golpe en la muñeca. Luego le tiró de espaldas, le pisó la garganta y extrajo

su daga.

El árabe aún forcejeaba, pero Nathan, comprendiendo los riesgos de demorarse, ni siquiera se inclinó; lanzó la daga, con toda su fuerza, contra el corazón del árabe, a quien se le abrieron mucho los ojos, para cerrarse a continuación, definitivamente.

Nathan, de un tirón recuperó la daga, y luego se deslizó hacia donde había dejado al hombrecillo.

No estaba...

Giró velozmente y le vio correr hacia la casa.

El maldito iba gritando...

Nathan, entonces, furioso, lanzó la daga.

Blanco.

Vio brevemente el destello en la espalda del hombrecillo. Le vio seguir avanzando, pero como si estuviera borracho. Le vio dar traspies, y caer de bruces. Siguió destellando la empuñadura de la daga, pero el hombre del

F. B. I.,

no podía perder más tiempo.

Salía gente de la residencia árabe y, sin duda, había más vigilancia en el recinto.

Por tanto, salió, aferrándose al muro: se izó a pulso, rápidamente, y poco después saltaba, quedando fuera del recinto. Cayó, con las piernas flexionadas. Luego, corrió.

V

LA carrera de Nathan fue veloz, y se dirigió casi en línea recta hacia el coche detenido en el palmeral. Jadeaba cuando llegó junto al coche. Fue hacia la portezuela correspondiente al asiento del conductor, tiró de ella y quedó muy quieto, con un súbito brote de sudor en la frente, mirando al hombre que había allí dentro, acurrucado, mostrándole la automática con silenciador.

—Vuélvase de espaldas y camine dos pasos —dijo aquél árabe, en francés—. Abrácese a esa palmera.

Ya de espaldas, Nathan dirigió una rápida mirada a ambos lados, observando que no tenía un refugio a menos de tres segundos de carrera; un tiempo excesivo a todas luces. Por tanto, consideró oportuno obedecer, y se abrazó a la palmera indicada por el árabe.

Apenas había transcurrido un minuto, cuando empezó a aparecer más gente.

Llegaron dos árabes de chilaba, y también un blanco; un hombre albino, de casi cincuenta años, de rostro flaco y contraído, que pareció tomar el mando de la situación.

—Llévadle a la residencia —dijo—. Ocuparos de ocultar el coche.

Nathan, rodeado por cuatro hombres, que, además, le habían arrebatado la automática, consideró absurdo resistir. Notando una absoluta frialdad interior, caminó entre aquellos hombres en dirección a la quinta. Poco más tarde estaba entrando en el edificio principal, de gran vestíbulo con columnas, con patio de luces. Siguió caminando, atravesó un aposento muy amplio y, por fin, pasó a una dependencia con ambiente europeo o americano.

Era una dependencia donde había biblioteca, alfombras, sillones y un moderno escritorio, ocupado por un hombre.

Un hombre más bien bajo, pero macizo; un tipo de más de cincuenta años, que usaba monóculo. Su cabello era de un rubio casi blanco, muy liso, y los ojos de un azul muy claro y frío. Vestía de blanco, con cierta elegancia. El hombre salió de detrás del escritorio, acercándose al grupo, en cuyo centro estaba Nathan.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Von Stülnagel, mirando a Nathan, pero, evidentemente, dirigiéndose a los otros.

—Llegó con un coche. Saltó a la quinta. Ha matado a Wazir, y... a Redgrave —musitó el otro hombre blanco.

Nathan notó el pestañeo de ira de Von Stülnagel.

—¿A Redgrave...? —susurró.

—Sí...

Miró de nuevo con fijeza a Nathan.

—¿Quién es usted? —inquirió.

Nathan optó por guardar silencio.

Los tres árabes. Von Stülnagel y Busse esperaban. En realidad esperaban la reacción de Von Stülnagel, cuyo monóculo, con un simple movimiento de rostro cayó, quedando colgado de una cadenita. Aquel ojo, que parecía miope, examinaba muy atentamente a Nathan.

—¿Qué pretendía? ¿Quién le ha enviado? —inquirió Von Stülnagel, sin perder aún la calma.

Silencio.

El alemán mostró un tic nervioso en la comisura izquierda de su boca estirada y pálida.

Luego, bruscamente, se volvió de espaldas y fue hacia el teléfono. Descolgó, «discó» un número, y aguardó unos instantes. Por fin, obtuvo respuesta:

—¿Sí?

—Soy yo, Carla —dijo—. Ha ocurrido algo. Me gustaría que usted me lo aclarase.

—¿Qué es lo ocurrido?

—He sido atacado en mi residencia. Es decir, no yo personalmente, ya que es poco menos que imposible llegar hasta aquí sin pasar antes por mis hombres. Pero..., parece ser que el atacante llevaba unas intenciones muy bien definidas. Y eso es lo que quiero aclarar. Ese hombre ha matado a Redgrave. Supongo que usted se dará perfecta cuenta de lo que eso significa. ¡He

perdido al hombre más útil de mi organización! —estalló, de súbito, Von Stültnagel.

—Ha sido atacado... —musitó Carla.

—¡Exactamente! Y estoy sospechando que, tal vez ante mi insistencia por seguir trabajando, usted ha decidido que deje de molestarle e, indudablemente, un buen procedimiento es el de... dejarme sin herramientas. Redgrave —repito— era mi hombre más útil.

—No sea absurdo, Von Stültnagel. Yo no he enviado a nadie a atacarle... En caso de haberlo hecho usted no estaría hablando conmigo por teléfono ahora. De todos modos, prescindamos ya, de un modo total, de esa sospecha. No he sido yo. Y no entiendo qué ocurre... ¿Quién es ese hombre? ¿Qué sabe de él exactamente?

—Nada. Pero... pronto sabré lo que me interesa. La he llamado..., bien, seré sincero, por si puede ayudarme, Carla.

—Pensaré. Mientras... tienen que hacer hablar a ese hombre.

—¡Oh!, espero conseguirlo...

—Sea cauto, Von Stültnagel. Procure no matarle aún. Ustedes han atrapado a un solo hombre y es difícil creer que, en verdad, esté solo. Por mi parte, trataré de hacer averiguaciones... Me ocuparé de este asunto conjuntamente con usted. Sin recelos, Von Stültnagel. Lo peor que podría ocurrir ahora es empezar a dudar de nosotros. ¿Comprendido?

—Yo lo tendré en cuenta; espero que usted también, Carla.

—De acuerdo... Tendrá noticias mías muy pronto.

—Bien.

Von Stültnagel colgó el teléfono y se volvió hacia Nathan, que ni siquiera se había movido. El alemán permaneció silencioso unos instantes, sin dejar de mirar a Nathan. Luego musitó:

—Id abajo. Preparad las cosas. Quédate conmigo, Busse.

Los tres árabes desaparecieron, silenciosos, mientras que Busse, con una automática en la mano, quedaba a espaldas de Nathan, apuntándole, Von Stültnagel se acercó a Nathan y, de súbito, muy furioso, casi histérico, soltó un seco revés al hombre del

F. B. I.,

quien, tras encajar el golpe, lanzó un salvaje puntapié que alcanzó a Von Stültnagel en el bajo vientre. El macizo alemán quedó blanco como la luna, inclinado, con la boca abierta. Nathan iba a pegarle

de nuevo, pero el cañón de la automática que empuñaba Busse le cayó sobre la nuca; se le doblaron las piernas y cayó de rodillas; un nuevo golpe en la coronilla le hizo chocar de cara contra el suelo mientras que Von Stül Nagel, jadeando muy angustiado, aún sentía los efectos del golpe como si acabara de recibirlo.

Busse acudió en su ayuda, le sentó en un sillón y miró con ferocidad a Nathan.

—¿Le mato? —masculló, en alemán, Busse.

—N-no... No, no...

—Tal vez sólo trataba de robar algo.

—¡No puedes creer eso! —estalló Von Stül Nagel—. Ha matado a Redgrave...

—Redgrave estaba sentado en un banco, en el jardín. Salió a tomar un poco de aire... De haber sido otro cualquiera quien estuviera sentado allí, habría muerto también.

—No, no...

Nathan sacudía la cabeza; estaba ya de rodillas. Antes de que se pusiera en pie, ya llegaban los tres árabes, quienes, sin hacer más preguntas, agarraron a Nathan, y le sacaron de la estancia. Tras cinco minutos de ausencia, uno de ellos apareció, para decir:

—Todo está preparado, *Herr* Von Stül Nagel.

—Vamos.

Los tres hombres, pisando recio en el brillante mosaico de la residencia árabe, cruzaron nuevas dependencias, casi completamente vacías, hasta llegar a un lugar que conducía al sótano. Un sótano nuevo, de relativamente reciente construcción, pero que, en definitiva, conducía a un lugar húmedo, antiguo; a una especie de mazmorra, de grises paredes, con moho y humedad. Y ahí, en aquella estancia, estaba Nathan, con las manos sujetas a dos argollas que colgaban del techo, mediante cadenas. Nathan apenas tocaba con las puntas de los pies en el suelo, a causa de la altura de las argollas.

El alemán hizo un gesto, y un árabe, a tirones, despojó a Nathan del recio jersey oscuro que llevaba. La sahariana había quedado en el coche. Tras los tirones, quedó con el torso desnudo, mostrando una notable musculatura, relajada en aquellos momentos. Nathan quería reservar todas sus energías. Tal vez fuesen útiles...

Luego, Von Stül Nagel se acercó a él.

—Diga la verdad. Se ahorrará mucha angustia. Debemos suponer que usted no actúa solo. Lo que no sabemos es quiénes son, ni cuántos. Creemos, asimismo, que ustedes, ignoro cómo, han descubierto la parte de mis actividades que tan magníficamente he ocultado siempre. Quiero saberlo todo; necesito saber el grado de peligro que existe para mí. Ya entiendo que usted mientras resista, comprende que salva la vida. De acuerdo, es así, exactamente. No morirá en tanto no haya hablado. De todos modos, le aconsejo que opte por una corta vida... A lo otro, a sentirse vivo, le aseguro que no le hallará placer alguno.

Silencio.

Todos miraban a Von Stülnagel.

—Ni siquiera una palabra... —musitó el alemán—. ¿Usted es mudo?

Nathan se limitó a esbozar una brevísima y seca sonrisa.

—Eso no quiere decir que afirme ni que niegue —dijo Busse.

—No es mudo, Busse... No lo es. Y ese obstinado silencio... ¿Tú por qué ni siquiera despegarías los labios, en esta situación? —inquirió, pensativo, Von Stülnagel.

—Bien..., no sé. Tal vez, de todos modos, no me mostrase tan obstinado...

—No hablamos de eso ahora. Ese hombre, incluso podría intentar engañarnos; sabe que no saldrá de aquí, que va a morir... Podría mentir, y no hace ni siquiera eso. ¿Sabes por qué, Busse? Es sencillo: no quiere ni que reconozcamos su nacionalidad por el acento... Eso es lo que ocurre. Por su aspecto es difícil deducir algo... Puede ser de raza mediterránea, inglés, americano, ruso... No quiere que sepamos ni eso... Y por los gritos de dolor tampoco vamos a adivinarlo. ¿Me he equivocado? —inquirió Von Stülnagel, mirando a Nathan.

Nathan no hizo tan siquiera un gesto.

—Tal vez sea así —musitó Busse.

—Debe serlo. De todos modos, creo que eso importa poco... Para él, es poco importante, pero lo es para sus posibles compañeros. No cabe la menor duda de que está encubriendo algo. Es una deducción simplísima. Encubre a alguien; de lo contrario, nos contaría mentiras, y no ocultaría su idioma, su acento. Ya sabemos, por tanto, que no está solo...

Nathan entornó los ojos, para ocultar su expresión; lo cierto era que el cerebro de aquel alemán le estaba produciendo no poca inquietud.

Von Stülnagel se acarició el mentón, y se corrigió la posición del monóculo.

Luego, dijo:

—En cuanto a enemigos nuestros, de acuerdo con mis actividades, hemos de llegar a la conclusión de que sólo pueden ser rusos o estadounidenses. Este hombre, pues, sólo puede ser de uno de esos países. Y a nosotros, prácticamente, nos da lo mismo, aunque..., llegando más lejos en nuestras conclusiones, yo casi afirmaré que estamos ante un americano. Es fácil adivinarlo: nuestras últimas operaciones han sido en perjuicio de americanos. Especialmente la última, todos tenemos noticia de ella, no fue muy feliz... Por consiguiente, esto es lo que hay sobre nuestro prisionero: es americano, de la

C. I. A.,

y no está solo.

Nathan ni siquiera pestañeó, pero, mentalmente, se quitó el sombrero ante la lógica del cerebro de aquel cuadrado alemán.

—Ahora bien... Ya descubiertas esas cosas, que en sí no son esenciales, se trata de saber dónde están sus compañeros, y cuántos son. Atallah.

Atallah era el árabe de la chilaba a rayas, que entendió perfectamente la orden, y se acercó a Nathan con un látigo de tres colas, cuyas puntas terminaban con apliques metálicos, puntiagudos.

Nathan entendió que era absurdo soportar aquellos latigazos. Por tanto, se apresuró a ganar tiempo.

—Está bien, Von Stülnagel. Usted gana —dijo.

El alemán sonrió.

—¿Mis conclusiones fueron acertadas, entonces? —inquirió.

—En parte...

—¿En qué me he equivocado?

—Estoy solo. Espere, espere... Estoy solo, ahora. No obstante, he contado con la colaboración de un enlace de la

C. I. A.

Se llamaba Marouhssa. La mataron hace tres días. La mató

Lucienne... O Carla; creo que debo deducir eso. Naturalmente, usted puede comprobar eso de inmediato, con sólo telefonear a Carla. Dígale que soy... —sonrió— el turco. Ella querrá identificarme, no le quepa duda.

Von Stül Nagel tenía una ceja muy arqueada; colgaba el monóculo de su cadenita.

—Es decir: Carla se entera de que la

C. I. A.,
interviene...

—Carla no se ha enterado muy bien de todo, Von Stül Nagel. Creo que ella consideró zanjada la intervención de la

C. I. A.,
con el asesinato de mi enlace Marouhssa. Ella cree que soy, simplemente, un turco vengativo. Ella podría identificarme, si es que no me cree.

—Entonces, Carla sabe algo de usted...

—Sí.

—Voy a comprobarlo, desde luego.

—Muy bien...

—Usted, de momento, sigue con vida —dijo—. Pero..., espero que, al mismo tiempo, empiece a pesarle esa prolongación de su existencia. Llamaré a Carla, sí, y espero que ella confirme todo lo que usted acaba de decir. Pero, mientras... Atallah.

Restalló secamente el látigo; las tres colas punzantes se clavaron en el tronco de Nathan, quien se arqueó, cerrados los ojos, súbitamente sudoroso, apretados los dientes. Siguió el segundo latigazo, el tercero... Y la voz de Von Stül Nagel:

—Es suficiente por ahora. Vamos. Mientras estamos ausentes, que se mire el cuerpo.

Salieron, dejando a Nathan colgado, retorcido, soportando apenas el terrible dolor de aquellos salvajes latigazos.

Gotas de sudor y sangre resbalaban hasta el húmedo suelo de aquella mazmorra.

VI

REFLEXIONANDO profundamente sobre la forma de llevar a cabo su acción, Drusille, en la estancia donde estaba el reproductor de sonido, procedía a la primera parte de su plan. Ella estaba acostumbrada a las faldas, a las mangas amplias... A todo. Por consiguiente, se estaba equipando.

Disponía de un pantalón negro, completamente pegado a las piernas, de un jersey igualmente negro, y de una vieja chilaba, con la capucha correspondiente. Además, tenía un arsenal muy bien seleccionado, ya que salió de Washington con el convencimiento de que para regresar tendría que recurrir a su máxima fuerza.

Por consiguiente, se había despojado de su minivestido. Se ciñó primero los pantalones, y luego el jersey. De vez en cuando, se mordía los labios, conteniendo una lágrima de tristeza; o rabiosa... Su estado de ánimo sufría alternativas.

Cuando terminó de ponerse aquellas prendas, se recogió el cabello mirándose al espejo. Luego, la chilaba, dejándose caer la capucha. Lo último fue elegir todo su arsenal; se dejó a mano la automática, y luego, en una bolsita que adhirió a su costado izquierdo, tocando la carne, todo lo demás.

Bien. No podía perder más tiempo... Había oído perfectamente la llamada telefónica recibida por Lucienne... Von Stülnagel había sido atacado, y tenían al hombre...

Estaba ya a punto de salir, cuando el reproductor empezó a dar la señal de llamada telefónica.

Pensó hacer caso omiso de lo que pudiera oír, pero, tras vacilar un poco, esperó, ya que se oía la voz de Carla:

—¿Otra vez, Stülnagel?

Pausa.

Y el susurro de Lucienne:

—¿Dice que es... el turco...?

Espera.

—En efecto, Marouhssa era enlace de la

C. I. A...,

De todos modos, no es absolutamente seguro que después de la muerte de Marouhssa ese hombre siga solo...

Seguía sin oírse la voz de Von Stülnagel.

La de Lucienne. Carla:

—Claro que puedo identificarle... Claro que puedo... No obstante, no sé si puedo abandonar ahora el café... Creo que voy a hacerlo. Y veremos lo que hay que hacer.

Nuevo silencio.

—De acuerdo. De acuerdo, Von Stülnagel. Procure mantenerle con vida. Usted, cuando me vea, comprenderá mis razones... Sí, sí... Iré a la residencia... Tardaré, tal vez, una hora. Evidentemente, la situación es difícil, ya que, por lo pronto, la

C. I. A.,

se ha introducido entre nosotros... Puede que esté solo aquí, pero sus informes han debido llegar a Washington; ellos saben que su agente está en Alejandría, donde, además, ha sido asesinada una enlace... Habrá que pensar muy bien nuestras futuras acciones, Von Stülnagel. Hablaremos. Cuelgo ahora.

Se hizo el silencio.

Un tanto nerviosa, Drusille prolongó su espere, mientras pensaba velozmente. Estaba segura de que Lucienne no iría sola a la quinta de Von Stülnagel. Por consiguiente, más enemigos. Por otra parte, Nathan estaba aún con vida; esperarían hasta que Lucienne le identificara, e interrogase... Bien; podía esperar.

Encendió un cigarrillo, y se sentó.

El reproductor de sonido registró el chirrido de una puerta, y luego una voz.

—¿Llamaba, «madame»?

—Sí, Fawzia. Dile a Kadul que prepare el coche. Salimos dentro de diez minutos. Él y Masquid vendrán conmigo. Arréglatelas para que cualquiera de nuestras artistas me sustituya; de todos modos, procuraré estar ausente el menor tiempo posible.

—Bien, «madame».

Y nuevo silencio, tras el discreto portazo que indicaba la salida de Fawzia.

Drusille, entonces, salió de aquella estancia, totalmente preparada.

Al volante del coche, Masquid soltó un gruñido.

—¿Qué ocurre, Masquid? —inquirió Carla.

—Nos hacen señas para que nos detengamos. Debe ser alguien de la residencia de Von Stültnagel... Estamos ya muy cerca.

—De acuerdo. Para. Veremos qué quiere...

Era cierto. Allí, a menos de quinientas yardas de la residencia del alemán, un árabe estaba haciendo señas. Se fue retirando hacia la cuneta, a medida que el coche avanzaba. Los faros no le alcanzaban totalmente. Nadie veía el rostro de aquél árabe. Un árabe un tanto peculiar, que, además, corría un riesgo cierto. No obstante, la sorpresa también contaba. Y el arsenal, naturalmente.

Un árabe que estaba empuñando la automática, con la mano oculta en la amplia manga de la chilaba a rayas.

Por fin, el coche se detuvo, y Masquid abrió la portezuela, empezando a apearse, lo mismo que Kadul, el de la chilaba negra y perilla, el de los dardos en la boquilla. Y los dos tipos, casi al unísono, vieron el mismo tétrico juego de luces; fueron dos flores fugaces, de color violáceo con estrías rojas y amarillas... Dos sordos estampidos, casi sin transcendencia alguna.

Masquid, alcanzado en plena frente, quedó fulminado, cayendo de bruces sobre el bordillo. Por su parte, Kadul, con un balazo en el cuello vivió aún los segundos justos para darse cuenta de lo que ocurría. Su cerebro seleccionó alguna orden, pero ya no hubo tiempo para más. Se le escapó la vida por aquel horrendo orificio que tenía en el cuello.

Y tras efectuar los dos rapidísimos disparos, sin perder el tiempo en comprobar sus efectos, Drusille, tenso el rostro, firmes las manos, saltó hacia una de las portezuelas de los asientos traseros, la abrió y mostró la automática a Lucienne-Carla, la cual aún no había empezado a reaccionar.

Al verla, Drusille entendió la venganza del turco. Se notaban las dos tiras que ella llevaba en el rostro, y se ocultaba el pecho con un vestido muy cerrado, que le marcaba mucho las formas; muy sugestivas, eso sí...

—Apéese —dijo secamente, Drusille.

—¿Qué quiere? ¿Por...?

—Baje. Retire esos cadáveres; están molestando la marcha del coche. Ocúltelos detrás de esas plantas, y vuelva al coche.

Lucienne miró fríamente a Drusille. Luego, lentamente, empezó a obedecer, tratando de seguir con su bolso en la diestra; de un tirón, brusco, por sorpresa, Drusille se quedó con aquel bolso, que luego arrojó lejos, a un jardín de una quinta a oscuras, solitaria. Lucienne jadeaba manejando aquellos dos cuerpos. Cuando terminó el trabajo, miró a Drusille, que estaba sentada en la parte posterior del coche.

—Póngase al volante —ordenó Drusille.

Carla, sin resistencia, obedeció.

—¿A dónde vamos? —musitó.

—Dé la vuelta. Descenderemos un poco; hacia la Porte de Mohar Bey. Aquel paraje me parece muy adecuado.

Lucienne no replicó. Maniobró con el coche en la amplia «rue» Rasdafah. Y cinco minutos más tarde, Drusille le ordenaba parar, en un paraje solitario, con una excelente vista de la ciudad y sus dos puertos. La primera en apearse fue Drusille. Luego, Carla, la cual, sin tiempo para darse cuenta de lo que iba a ocurrir, recibió un seco golpe en la cabeza, y quedó sin sentido junto al coche.

Transcurrieron diez minutos antes de que despertara.

Estaba desconcertada.

Por fin, vio a Drusille, que estaba en pie, ante ella, esperando. Ambas junto al coche, y Drusille con su automática en la diestra, y algo muy pequeño en la zurda; algo que Lucienne ni veía, ni podía identificar.

Drusille se acercó un poco más a Carla, y dijo:

—Mire hacia aquellas piedras, Lucienne.

Carla obedeció. Había un montón confuso de piedras, cerca de unas plantas.

No entendía.

—Observe —dijo Drusille.

Mostró la zurda, y con su dedo índice pareció presionar algo; apenas había terminado aquella presión, cuando se percibió una explosión sorda, y las piedras, colocadas a distancia calculada, saltaron por el aire, convertidas en guijarros. Fue un espectáculo

breve, que Carla no entendía muy bien. Todo lo que se le ocurría, era pensar que Drusille, con algo que tenía en su poder, podía hacer estallar algo.

—¿Lo ha comprendido? —inquirió Drusille.

—Bien...

—Mientras estaba sin sentido, le he hecho tragar un dispositivo de explosión, Lucienne. Usted, en su estómago, tiene una cápsula explosiva, que puedo accionar cómodamente, mediante mi control, y no importa la distancia, a menos que sea superior a veinte millas.

Fue visible la pérdida súbita del color de Carla. Miraba con los ojos muy abiertos a Drusille.

—Y..., por supuesto, la cápsula no es digerible —sonrió, seca, un poco torcidamente, Drusille.

Tampoco la corroen los ácidos del estómago. Permanecerá alojada en él, hasta... Ya veremos. ¿Entiende la situación, Lucienne?

Carla abrió mucho la boca; necesitaba mucho aire... Meneaba la cabeza, como si se negara a admitir aquello.

—No es posible... ¿Quién es usted? ¿Qué quiere...? —musitó.

—Hablaremos por el camino. Vaya al coche. Póngase al volante. Y no crea que por el hecho de estallar usted a mí me ocurriría algo; su carne, sus huesos, no me harían demasiado daño.

Lucienne, con una flaqueza desconocida en sus piernas de danzarina, se puso en pie, y se metió en el coche, frente al volante. Drusille se acomodó junto a ella.

—Vamos —dijo.

Mirando a las dos mujeres, Von Stültnagel mostraba un brillo de recelo en sus pupilas. No le gustaban aquellas marcas en el rostro de Carla, ni su palidez. Ni la presencia de aquella otra mujer, vestida con chilaba...

—¿Quién es ella, Carla? —inquirió Von Stültnagel.

Carla miró a Drusille, y a Brusse, que estaba con ellos en el despacho de la residencia árabe.

—Es muy... delicado, Von Stültnagel —dijo Carla.

El alemán pareció perplejo.

—¿No va a confiar en mí? —dijo.

Drusille hizo un gesto con la cabeza, señalando a Busse, y Carla, tras humedecerse los labios, musitó:

—Preferimos que sólo lo oiga usted.

—Bien... ¿No es extraño? De todos modos, vete, Busse. Ya te avisaré.

Busse vaciló. No obstante, la mirada de Von Stülnagel le convenció de que debía obedecer. Salió del despacho, lentamente, y el del monóculo forzó un interrogante con su expresión, mirando a las dos mujeres. Carla musitó:

—Ella es... nuestro punto básico, Von Stülnagel. Basta con que lo sepa usted. Comprenda sus precauciones... En cuanto al preso, agente de la

C. I. A.,

es bien conocido por... ella. Un hombre auténticamente peligroso. Creo que debemos ser nosotros quienes le interroguemos a fondo. Nuestra... punto básico, será muy concreta y precisa en sus preguntas. Nadie mejor que un agente de la

C. I. A.,

aunque sea... traidor, para interrogar a otro agente de la

C. I. A.

Von Stülnagel dio unos paseos por la estancia, reflexionando. Algo no encajaba; por lo menos, su potente cerebro no acababa de ver la disposición de las piezas. Se volvió, mirando a Carla.

—¿Cuándo ha llegado?

—Esta tarde.

—Puede ser mentira, Carla —dijo el alemán—. Es posible que... no sea tal punto básico, sino una compañera de misión del turco..., como él mismo se llama. ¿Cabe o no, Carla? Por otra parte, también pudiera ser verdad. Sé muy bien que han ocurrido cosas desagradables en nuestra última operación, y no sé hasta qué punto lo tiene difícil nuestro punto básico. Lo suficiente, supongo, como para desear un momentáneo cese de actividades. Y..., por lo visto, tan difícil que incluso ha decidido salir de Washington para hacernos una visita.

—Exacto, Von Stülnagel —intervino Drusille, con voz firme—. No se sospecha de mí... aún. Sin embargo, en mi país no sólo está trabajando la

C. I. A...,

También el

F. B. I.,

ha iniciado una investigación a fondo. Ello, lamento tener que

decirlo, es como consecuencia de un error de ustedes. Mataron a un agente del

F. B. I.,

en San Juan de Puerto Rico. Personalmente, opino que las cosas hubieran podido ocurrir de distinto modo, y no comprometernos con ese crimen.

Von Stülnagel la miró con fijeza, con su mirada penetrante, centelleante el ojo derecho, detrás del monóculo.

—En definitiva: ¿por qué ha venido a Alejandría? —inquirió.

—Quiero conocer exactamente la situación. Y... no puede ser más difícil y desagradable. Debo reprochar a Carla su fallo al matar a Marouhssa. Y a usted, que su gente asesinara en San Juan a un hombre del

F. B. I.

Son dos puntos a los que se debe prestar la debida consideración. Piense, Von Stülnagel, que cuando un edificio como el nuestro se derrumba, cae para todos. Quiero saber, personalmente, las consignas recibidas en Washington por ese agente de la

C. I. A.,

que usted tiene en su poder. Y, naturalmente, identificarle por mí misma. Todos nos jugamos mucho, pero yo, por mí... especial intervención, mucho más.

—Bien...

—Hay más, Von Stülnagel: quiero conocer por mí misma su organización. Creo que presenta algunas fisuras. Opino que debería emplear personal más capacitado, teniendo en cuenta que tratamos casi siempre con personas de alto nivel mental. No necesitamos simples pistoleros junto a nosotros, sino gente capaz de pensar, de tomar iniciativas inteligentes. No siempre es necesario matar; y, en cambio, generalmente sí es peligroso. Estoy dispuesta a suspender mi intervención, si usted prosigue trabajando con el mismo personal.

El alemán dejó caer el monóculo.

—¿No es usted muy exigente? —inquirió.

—En absoluto. Cuando sus hombres descubrieron al agente del

F. B. I.,

en San Juan, debieron actuar de otro modo.

—¿Cómo?

—Yo creo que estos aspectos de la organización podemos discutirlos más ampliamente en otro momento más oportuno. Necesito ver al preso.

—¿No quiere ver antes mi taller?

—Luego.

—Por cierto..., han surgido complicaciones. El... turco ha matado a Redgrave; era mi impresor, el técnico del taller. Un hombre sumamente útil, que difícilmente podré sustituir...

—Un impresor no es problema —cortó Drusille—. Vayamos a ver a ese hombre.

—De acuerdo...

Hizo un gesto y todos echaron a andar hacia la puerta. Drusille miró significativamente a Carla, la cual parecía tenía la bolita explosiva en la garganta; seguía muy pálida, y sus movimientos eran lentos, cuidadosos, como si temiera que alguna brusquedad hiciera estallar el pequeño artefacto; estaba aterrada. Tal vez Von Stültnagel no había captado adecuadamente la expresión de Carla, que era de auténtico terror.

Habían llegado hasta la puerta de la mazmorra donde se encontraba Nathan. Drusille miró a aquellos árabes con un gesto de desagrado.

—Lo siento, pero tienen que estar fuera —dijo Drusille—. No pretenderá que también confíe en ellos, supongo.

—Yo sí confío... —musitó, suavemente, Von Stültnagel.

—De nuevo: lo siento.

—Está bien... Estad por el corredor —dijo el alemán a los árabes.

Se abrió la puerta, y las dos damas, con Von Stültnagel, penetraron en la mazmorra, con escasa luz. Y colgado, casi en el centro de la estancia, mostrando las señales del dolor en el tronco, estaba Nathan, quien achicó los ojos al ver allí a Drusille, forzando el cerebro, tratando de comprender. Y su mirada espió los ojos de Drusille. Contuvo una sonrisa. Dice..., todo parecía ir bien, pero ella se estaba jugando la vida de un modo incluso suicida... Estaba claro que el reproductor de sonido le hacía ganar importantes bazas, pero aquélla era muy dura...

Drusille, tras su mirada a Nathan, había endurecido el gesto; su mirada gris resultaba tan fría y cortante como la del alemán, en

aquellos momentos. Drusille miró a Carla y a Von Stülnagel, y masculló:

—Le conozco... Se llama Nathan Forbes. Y... no es de la

C. I. A.

Es del

F. B. I.

¡Ustedes son unos ineptos...! ¡Están jugando con la seguridad de todos! ¿Lo entienden? Yo puedo saber lo que se fragua en el seno de la

C. I. A.,

pero no en el del

F. B. I.

Y este hombre es del

F. B. I.

El hecho de que se encuentre en Alejandría es, para mí, muy significativo...

Carla y Von Stülnagel se miraron, preocupados.

—Ese hombre debe estar en contacto con enlaces del

F. B. I.,

que nosotros desconocemos. Además, ha llegado hasta aquí... Y desde Washington pueden llegar hasta mí... ¡Nos están envolviendo...! Me estoy preguntando ahora quién ha cometido el error que ha motivado la llegada de un agente del

F. B. I.,

hasta aquí. ¿Usted, Carla? ¿Usted, von Stülnagel?

El alemán se puso el monóculo de nuevo, y miró a Nathan.

—Usted mintió, entonces, ¿eh? —musitó—. Admitió ser agente de la

C. I. A.

Nathan sonrió torcidamente, con el rostro sombrío.

—¿Qué esperaba? —Gruñó.

—Bien...

—Entonces, Drusille Hor...

—Calla —susurró, fríamente, Drusille—. Para ellos, soy, simplemente, su punto básico.

—Te felicito por la traición...

—No hablaremos sobre eso. Es obvio que lo que queremos conocer es su fuerza aquí, Forbes.

—Pierden el tiempo.

Drusille miró a Von Stülnagel.

—Hay que sacar de aquí a este hombre —dijo.

—¿Por qué? —inquirió el alemán.

—Debería comprenderlo.

Von Stülnagel frunció el ceño, reflexionó un poco, y empezó a asentir con movimientos de cabeza.

—Sin duda, usted —dijo—, se está refiriendo al peligro casi cierto que corremos, puesto que los ayudantes de Forbes están muy al corriente de que éste se encuentra aquí, y pueden preparar un ataque. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Entonces, debo decir que es, precisamente, lo que debemos esperar. Forbes no hablará. No sé hasta qué punto le conoce usted, pero yo... —sonrió—, he tenido ocasión de comprobar que es un hombre auténticamente duro, con una dosis de inteligencia muy digna de consideración. Por consiguiente, eso sí, lo que puedo preparar es una adecuada recepción para quien se presente aquí. Es el mejor modo de atraer a los enlaces del señor Forbes. Él, estoy seguro, jamás lo confesaría. Esperemos, pues, que ellos mismos se presenten.

Drusille miró con frialdad al alemán.

—No le aconsejo que piense que podría encontrar otro traidor en la

C. I. A.,

Von Stülnagel —dijo—. En realidad, son excepcionales. Si usted ha entrado en contacto conmigo, es por mi relación antigua con Carla. No es fácil introducirse en la

C. I. A.,

y usted, para sus negocios, tendría que buscar otra entrada, que, en ningún caso, sería ni el diez por ciento de productiva.

El alemán reflexionaba.

Algo seguía sin encajar en su cerebro.

VII

TRAS una pausa silenciosa, en la que empeoraba la situación de Drusille, ante la evidente desconfianza del alemán, Drusille, dijo:

—En realidad, estamos discutiendo, cuando creo que todos perseguimos el mismo objetivo. ¿No es eso?

—Ciertamente —dijo Von Stülnagel—. De todos modos, lo que sucede es sólo que no estamos de acuerdo en la forma de llevar a cabo nuestra actuación. Considero que el señor Forbes debe seguir como está, y nosotros aguardar la llegada de sus refuerzos.

Drusille reflexionó rápidamente.

Imposible esperar..., inútilmente, además, porque no llegaría nadie, con lo cual la desconfianza de Von Stülnagel se convertiría en certeza. Y, realmente, significaba muy poco lo que ella podía conseguir, si Nathan moría...

Súbitamente decidida, Drusille actuó, mostrando repentinamente su automática, que quedó mirando a la cabeza de Von Stülnagel, quien, tras un pestañeo de sorpresa, recuperó la serenidad, para sonreír incluso.

—Esperaba algo así... —murmuró—. Estoy seguro de que Carla me hubiese advertido de la llegada de nuestro punto básico con antelación. Es algo muy importante. Por otra parte, la actitud, de Carla, en todo momento me ha tenido muy confuso... Y ahora me doy cuenta: está aterrada. ¿Qué sucede con usted, querida Carla?

Carla miró, lívida, a Drusille. Ésta sonrió y dijo:

—Puede hablar, Carla.

Carla se humedeció los labios.

—Bien...

E-es...

monstruoso... Ella puede reventarme en cualquier momento...

Von Stülnagel parecía perplejo.

—Sea más explícita, Carla, se lo ruego —pidió.

—Me dejó sin conocimiento y me hizo tragar una cápsula explosiva que domina con un pequeño aparato que tiene en la mano izquierda. En cualquier momento puede presionar el disparador... Y no tengo la menor duda de lo que sucedería conmigo... Vi..., reventar un montón de piedras, por ese procedimiento. Lo vi por mí misma; presionó ese pequeño artefacto, y... Estoy completamente en sus manos, Von Stülnagel.

El alemán había palidecido entonces. Miró, inquieto, a Drusille, que dejaba flotar una sonrisilla en sus dulces labios.

—Bien..., la situación acaba de definirse —dijo—. Por consiguiente, dado que usted es un hombre recalcitrante, Von Stülnagel, tendrá que obedecer mis órdenes ahora, por fuerza.

—Yo no tengo esa cápsula en el estómago... —dijo el alemán.

—Mas no debe olvidar mi pistola.

Von Stülnagel asintió con movimientos de cabeza.

—¿Qué piensa hacer? —inquirió.

—Vuélvase de espaldas.

El alemán vaciló unos instantes. Por fin, obedeció, situándose de espaldas a Drusille, la cual, sin perder tiempo, le asestó un golpe en la coronilla con el tubo-silenciador de su automática. Repitió el golpe, y el alemán se desplomó de bruces. Drusille miró a Carla, hizo una seña, y Carla obedeció, situándose en un rincón de la mazmorra. Drusille, entonces, se inclinó junto a Von Stülnagel, le registró rápidamente; tomó la automática, y la descargó, dejándola luego en su bolsillo, ineficaz. Luego, encontró las llaves de los grilletes que sujetaban a Nathan. Le miró, le sonrió, y luego se entretuvo unos instantes en abrir los grilletes.

Nathan cayó al suelo, flexionando las piernas, y suspiró profundamente.

—Me has hecho casi morir de miedo, mi nena espía... —susurró—. Por Dios... esto es demasiado...

—Tenía muchas bazas, Nathan. Voy a dejar a Von Stülnagel en las mismas condiciones que a Carla. Ocúpate de ella, mientras. Cuando ese hombre tenga la cápsula en el estómago, será mi esclavo; como Carla. Vigílala.

Y Drusille besó rápidamente a Nathan en los labios. El hombre

del

F. B. I.,

se acercó a Carla, con una sonrisa siniestra. La miraba con mucha fijeza.

—Parece ser que en nuestros encuentros siempre llevas la peor parte. Hum..., me intriga eso de Carla. ¿Qué significa?

—Me llamo... Carla Lodetti.

—Oh... Interesante. ¿Qué más?

—Yo...

—Espera. Drusille.

—¿Sí?

—¿Te ha dicho ya quién es el traidor de la

C. I. A.?

—No he tenido tiempo de preguntárselo, Nathan.

Nathan miró a Drusille, que estaba de espaldas, manipulando algo con Von Stülnagel. Luego, Nathan miró a Carla.

—¿Quién es el traidor, Carla? —inquirió.

Ella vacilaba. Y Nathan sonrió.

—No vale la pena, Carla —dijo—. ¿Lo comprendes? Hablarás en cualquier momento. Si admites tu derrota, es posible que ese explosivo no llegue a hacer efecto. Dilo todo con respecto a ese traidor; todos los datos que conozcas.

—Se llama... Christopher Steel...

—¿Le conoces, Drusille?

—Pero..., no es posible... —murmuró Drusille.

—Oh, vamos, deja de asombrarte... Christopher Steel, de acuerdo.

—Es el secretario de la Sección Administrativa...

—Correcto. Un hombre perfectamente enterado de los fondos que se manipulan, así como su destino. Creo que al respecto no hay dudas. ¿Cómo se pusieron en contacto, Carla?

—Nos conocimos en Miami... Yo... estaba trabajando entonces; hace más de diez años. Yo trabajaba por mi cuenta, para el mejor postor. Nos conocimos..., intimamos... Vivimos juntos algún tiempo, si bien secretamente. Él me pidió luego que abandonase el país; que todo lo nuestro seguiría igual, pero le estaban promocionando para un cargo importante, y no quería arriesgarse a que se descubriera lo nuestro. Él me proporcionó todo lo necesario

para que yo me estableciera en Alejandría. Y..., nos hemos visto con cierta frecuencia... Esperábamos estar juntos para siempre en un futuro no muy lejano...

—Vaya..., en definitiva, parece que hemos escuchado una historia de amor... —rezongó Nathan—. Pero vayamos a los procedimientos que se utilizaban para la colocación de moneda falsa.

En aquellos momentos, Von Stülnagel se estaba recuperando. Sentado en el suelo, miró, con cara furiosa, su monóculo destrozado; apenas colgaba un trozo de lente de la cadenita. Se puso en pie, y miró a Carla, con una clara pregunta en sus pupilas.

—Le... le ha hecho tragar la cápsula, Von Stülnagel —musitó Carla.

El alemán, lívido, miró a Drusille, la cual permanecía fría, impasible, con una chispa casi cruel en sus grandes ojos grises. Drusille no se molestó en confirmar las palabras Carla.

—¿Y qué esperan ahora? —musitó Von Stülnagel.

—Salir de aquí —dijo Drusille—. Naturalmente, espero su colaboración, señores. De lo contrario, es obvio: ustedes se convertirían en un montón de carne y huesos, con una nueva estructura anatómica realmente incompatible con la vida. Por tanto, yo creo que usted, Von Stülnagel, debe guiarnos, en primer lugar, hacia sus instalaciones. Luego, saldremos de aquí. Como sabe Carla, el dispositivo de control de esos explosivos tiene un alcance de veinte millas. Mientras ustedes sean mis rehenes, y tengan influencia para salvarnos, yo no utilizaré el explosivo. Cuando esté más lejos de veinte millas, distancia que considero prudencial, ya no surtirá efecto mi control, y, ¿por qué no?, pueden salvarse... siquiera sea momentáneamente.

—Usted nos hará estallar antes de que se traspase el límite de distancia —musitó Carla.

—No debe temer eso —dijo Drusille. Sí, en cambio, deben temer cualquier intento que hagan «ahora».

Carla miró al alemán.

—Puede estar mintiendo, Von Stülnagel, pero puesto que ése es el único medio a nuestro alcance para salvar la vida, y por problemático que sea, debemos obedecer.

Mientras Von Stülnagel pensaba, Nathan se puso el jersey negro,

y tomó el arma del alemán, recargándola. Con ella en la diestra, miró a Drusille. Ésta dijo:

—De momento, no hay por qué delatar todo nuestro juego a los demás, Nathan. Tú saldrás en primer lugar, sin armas. Entrégale a Von Stülnagel la suya, descargada, claro. Él te amenazará, yo también, pero sólo yo tengo balas, y mi... control. Carla irá junto a Von Stülnagel.

—De acuerdo...

La operación estuvo lista en un minuto.

Luego, tras una seña de Drusille, Von Stülnagel se acercó a la puerta, y la abrió, con la pistola en la mano. En el pasillo, a poca distancia, había cuatro árabes, y Busse, con rostro de preocupación, trató de adelantarse, pero Drusille le contuvo:

—Ustedes deben rodear la quinta —dijo—. Es más que probable que seamos atacados por enlaces de Nathan Forbes, del

F. B. I.

Busse miró a Von Stülnagel, quien, tras humedecerse los labios, asintió con la cabeza. Y murmuró:

—Haced lo que os ha dicho.

Eso, simplemente. Los cuatro árabes, y Busse, silenciosos, se dispusieron a obedecer. Un instante más tarde, habían desaparecido, y Nathan miró a Drusille, la cual sonreía irónicamente. Von Stülnagel, por otra parte, tenía instrucciones muy concretas, y se dirigió pasillo adelante, en dirección a una cámara instalada en otro sótano, al que llegaron descendiendo una docena de peldaños. El alemán iba encendiendo luces, y poco después su complejo de monedero falso quedaba al descubierto. Fueron empujados a un rincón, y Nathan y Drusille echaron un vistazo a todo aquello, silenciosos.

Había varias máquinas, planchas, mucho papel, tintas, billetes ya listos para poner en circulación...

—Acérquese, Von Stülnagel —dijo Nathan—. Y usted, Carla.

Ambos obedecieron, silenciosos. Nathan se había sentado en un alto taburete, y los demás permanecían en pie.

—Le hice una pregunta, cuya respuesta quedó en suspenso, Carla —dijo Nathan—. ¿Recuerda?

—Sí...

—¿Y bien?

—Von Stül Nagel, como han visto, se dedica a la fabricación de los billetes... Su material, en principio, no era demasiado bueno... Pero le conseguí un buen refuerzo, por mediación de Christopher Steel. Ese refuerzo fue la llegada de Redgrave, un magnífico impresor en apuros, que había demostrado ya sus dotes de falsificador. Redgrave llegó a Alejandría, y pasó a formar parte del equipo de Von Stül Nagel, cuyo material, repito, no era muy bueno...

—¿De dónde sacó las planchas?

—No sé... —musitó Carla.

—¿De dónde, Von Stül Nagel?

—¿Qué más da? Eso no creo que importe a nadie.

—Yo puedo opinar lo contrario.

—Está bien... Las conseguí en Alemania, hace ya algunos años. Tal vez sean restos de las utilizadas por el «führer»... A mí no me importó su origen. Creí, simplemente, que se les podría sacar partido, y las adquirí. Y es cierto que, en principio, mis billetes carecían de la menor calidad... Realicé algunas operaciones con Carla, pero de poca importancia; y mis clientes me abandonaron; no interesaba una mercancía tan baja. Por lo demás, es cierto: la llegada de Redgrave solucionó para siempre el problema. Utilizando las mismas planchas, Redgrave, tras unas correcciones perfectas en los dibujos, consiguió unos billetes fácilmente confundibles.

Nathan asentía con la cabeza.

—Bien... —dijo luego—. Cuando pude ver bien a ese Redgrave, me di cuenta de que estaba de lleno en el asunto. Redgrave tenía tinta en las manos, y en las ropas; tinta de imprenta... Carla: ¿qué proceso seguía la colocación del dinero falso?

—Cuando Von Stül Nagel tenía una cantidad adecuada, empezábamos a trabajar. Concretamente, Christopher, desde su puesto en Washington. Para él, no tenía secretos el movimiento de dinero en la sede de la

C. I. A.,

como es natural. En todo momento sabía a quién, y cómo, debía entregarse determinada cantidad, que él mismo preparaba. De ese modo, sabiendo todos esos datos, nosotros..., la gente de Von Stül Nagel, iba al encuentro del receptor del dinero, y se limitaban a un cambio, siguiendo luego la pista del receptor en cuestión, hasta que desaparecía de territorio de Estados Unidos, sin contratiempos.

—Ése es el método que siguieron últimamente, Nathan —dijo Drusille.

—Sí... La

C. I. A.,

busca en un país interesante un hombre fuerte, y le promete ayuda, dinero, dólares. Ese hombre fuerte envía un delegado para recoger el dinero, y Christopher Steel se entera de ello. Avisa a Carla, ésta a Von Stül Nagel, y ya está la máquina en movimiento. Steel solo tiene que decir: dos millones de dólares a tal punto. Y allá va la gente de Von Stül Nagel, con esos dos millones, en dólares falsos, que sustituyen por los legítimos...

—Así es... —dijo Carla.

—Con toda facilidad —dijo Nathan.

—No obstante, parece increíble que no se descubra... —empezó Drusille.

—Se descubre —dijo Von Stül Nagel—. Pero transcurre el tiempo suficiente, para que ya nadie sepa la procedencia de los billetes. Se utilizan, van recorriendo manos, y van apareciendo sin que nadie sepa cómo. Cuando se dan cuenta, ya es tarde; se ha perdido la pista de ese dinero. Lo sé bien; ya les digo que últimamente ofrecía mucha calidad, gran consistencia, nuestro trabajo.

—¿Han hecho muchas más operaciones? —inquirió, incrédulo, Nathan.

Von Stül Nagel sonrió.

—Muchas —musitó.

—No es posible —rezongó Nathan.

—Lo es, lo es, señor Forbes... En realidad, hemos conseguido por este procedimiento casi quince millones de dólares... Asombrosa cantidad, ¿no es cierto? Para mí, limpios, son siete millones y medio. Me importa poco cómo reparten el resto ese Steel y Carla... Ya tengo siete millones y medio enteramente míos... Oh, bueno, me refiero al equivalente en dólares —sonrió.

—¿Qué quiere decir? —inquirió, vivamente, Nathan.

—Ustedes sólo han mirado superficialmente, señor Forbes. En estos momentos, es cierto que estábamos trabajando con dólares. Pero tenemos también planchas para la falsificación de rublos. Así, pues, ustedes no son las únicas víctimas. También tenemos un traidor en Rusia... Como ven, la ambición existe en cualquier parte

del mundo... No deberían ser muy duros con ese Steel..., si llegan a Estados Unidos.

—No lo creo, Von Stülnagel —dijo Nathan.

—Puede registrar. Verá las planchas.

—Bien...

—Debería ser un consuelo para ustedes, aunque pequeño —dijo, cínicamente, el alemán—. Digamos que con Rusia hemos actuado, más o menos, utilizando el mismo procedimiento que con ustedes. Y..., hay más: varias operaciones con la

C. I. A.;

alguna también de donativos a hospitales de Biafra; operaciones que proyectaba la

N. K. V. D.,

curiosamente con los mismos fines que la

C. I. A.

Esto es: ayudar a hombres fuertes en países que iban a alinearse con Estados Unidos... De este modo, sin contratiempos, hemos sustituido muchos rublos y dólares... La moneda falsa se convertía en legal fácilmente. Tan sólo se cometió un error en San Juan de Puerto Rico.

—Es suficiente un error, pues —dijo Nathan.

—No sé... Y, en realidad, dudo de que fuese tal. Simplemente, hay que achacarlo todo a la vigilancia ejercida por el

F. B. I.,

al hombre que, en aquellos momentos, tenía ya el dinero falso. Por lo demás, todo era fácil..., sencillo, a causa de la misma discreción que debían emplear esos hombres fuertes que esperaban la ayuda. Luego, se veían con dinero sin valor, corriendo por el país, retirado ya, desacreditado...

Nathan miraba con fijeza a Von Stülnagel. Luego, a Drusille, y dijo:

—Esto tiene que arder, Drusille.

—Lo había pensado —musitó la espía.

VIII

Y A había saltado Nathan del taburete, y parecía dispuesto a iniciar sin pérdida de tiempo la destrucción de aquel complejo, respetando únicamente lo que pudiera ser de interés para las secciones de archivo de Washington.

No obstante, apenas hubo saltado, Von Stül Nagel se colocó ante él, si bien a más de una yarda de distancia.

El alemán sonreía fríamente; sus ojos destellaban.

—Un momento... —musitó aquel hombre—. Si ustedes piensan quemar todo esto, es aconsejable que antes de hacerlo me revienten.

Nathan pareció sorprendido.

—¿Cree que vale la pena, Von Stül Nagel? —inquirió—. Ustedes saben que nosotros proyectamos huir, manteniéndoles amenazados, en calidad de rehenes, aun a distancia. Pueden salvarse..., por ahora; insisto en eso. ¿Vale la pena intentar la resistencia que usted piensa oponer..., y que no va a servirle de nada?

—Si ustedes avanzan hacia las máquinas, tendrá ella que pulsar ese resorte.

Nathan y Drusille cambiaron una rápida mirada. Drusille iba a decir algo, pero intervino Carla, con el rostro contraído, lívido, con gotas de sudor en su frente.

—Usted no hará estupideces, Von Stül Nagel —dijo, secamente—. Si ella aprieta ese resorte, estallaremos los dos al mismo tiempo. Y repito que por remota que parezca la posibilidad de salvamos, tengo la intención de aprovecharla. Por tanto..., no lo intente. No intente oponerse...

Von Stül Nagel sonrió con evidente desprecio, mirando a Carla.

—Usted de poco sirve ya, Carla. En cambio..., para mi todo es diferente. Para mí no se trata sólo de obtener dinero con facilidad.

Hay algo mucho más importante que todo eso, y que pienso defender. Por lo pronto estoy seguro de que Busse no dejará salir a nadie de aquí. Busse no está perdiendo el tiempo estúpidamente, vigilando algo que no ha de llegar. Busse está atento a lo que pueda ocurrir aquí.

—¡Pero nosotros estaremos muertos! —estalló Carla.

El alemán la miró orgullosamente, y dijo:

—Usted sí estará muerta; lo está ya. Está muerta desde que nació. Usted es nada; nadie. Una intermediaria necesaria; significa muy poco. Yo..., puedo morir; moriré. No soy inmortal, es claro. No obstante..., sí hay cosas que nunca mueren... Y yo... represento a una de esas cosas. Como ve, Carla, hay diferencias realmente sustanciales entre nosotros. Yo moriré, y usted, la sacrifico a sabiendas, de acuerdo. Pero..., díganme: ¿cómo piensan salir de aquí, una vez utilizado el poder que ahora ejercen sobre nosotros?

La pregunta fue seguida de una sonrisa helada del alemán.

Miraba, atento, el rostro de Nathan y Drusille.

—No sé si entiendo muy bien, Von Stültnagel —murmuró Nathan—. Usted parece dispuesto a morir, para que nosotros podamos ser atacados y muertos por Busse y los otros. Repito: ¿de veras vale la pena el sacrificio?

—Lo haré. Y vale la pena; claro que sí.

—¡Está loco...! —Casi sollozó Carla.

—Cállese —dijo, secamente, Nathan—. Supongo que esto tiene una explicación, Von Stültnagel.

El alemán reflexionó unos instantes.

Luego, sonrió, y dijo:

—Sí..., la tiene; claro que la tiene... Y voy a dársela, Forbes. Si muero, todo el mundo sabrá que he muerto por...

—¿Cree de veras que alguien se va a enterar? —inquirió Nathan.

—Por favor, Forbes... Usted ni siquiera tiene una idea de cuál es mi labor..., mi importantísima labor, tocando la chapuza del dinero; es algo que me repugna, pero se trata de mi operación, de lo que estoy obligado a hacer... Si muero, seré un héroe...

—¡Esas actitudes han pasado de moda! —estalló Carla.

—Hay cosas que jamás pasan de moda —dijo, fríamente, el alemán—. No, por lo menos, las más firmes ideas; los ideales de un hombre; su razón de existir...

Las dos damas, y Nathan, miraban con asombro a Von Stülnagel; asombro que no trataban de disimular.

—Eso es ridículo... —musitó Carla—. ¿De qué ideales está hablando? Usted, y yo, y Christopher, y todos los traidores, y mercenarios, luchamos por lo mismo... Por dinero. Somos ambiciosos; nada más lejos de nosotros que los sentimientos, los ideales... ¿A quién quiere engañar, Von Stülnagel? ¿A usted mismo, quizá? Deponga esa estúpida y anacrónica actitud. Permanezca quieto; que quemen lo que quieran, y que se marchen. Y ya reaccionaremos, si realmente nos dejan. Luego, lo sé, nos buscarán por todo el mundo, pero estaremos vivos... ¡Vivos! ¿De qué ideales me está hablando, que puedan interesar más que vivir?

—Dígalo, Von Stülnagel —murmuró Nathan.

—Por supuesto... El dinero no es para mí; quiero decir que no es para mi disfrute personal. El dinero es por la causa... Y ustedes no tienen idea de lo que estoy consiguiendo ya. Es... un éxito rotundo...

—Especifique.

—Desde luego. Pienso hacerlo. Es... mi orgullo. Y, naturalmente, no pienso ocultarlo. Ustedes, rusos, y estadounidenses, se afanan en conseguir que los países se alineen con su ideología. ¿No es eso?

—Parece que hay cierto... forcejeo al respecto, sí.

—No es forcejeo; es lucha —dijo el alemán—. Y, claro, compéndalo: no sólo ustedes tienen derecho a esa clase de lucha. ¿Verdad que no? ¿Por qué sólo Rusia y Estados Unidos han de ser los árbitros en cualquier asunto? No es justo; todos los países tienen el mismo derecho. Todas las ideologías, todos los sistemas; todos tenemos derecho a la lucha por sobrevivir, y superamos.

—Lo admito; es justo —dijo Nathan.

—Muy amable, Forbes.

—Pero, diga: ¿usted lucha por alinear a alguien...?

—Eso es. Sepa esto: con los cambios de dinero legal por falso, yo, entre otras cosas, he conseguido que... hombres fuertes de países vacilantes en sus inclinaciones, odien a la

C. I. A.,

y a la

N. K. V. D.

Un odio basado en el engaño de que han sido víctimas, con la

ayuda.

—No fueron engañados, Von Stül Nagel.

—Oh, no; claro que no... No obstante, yo soy muy capaz de hacérselo creer así; como sea, desconfían ya del organismo que les prometió ayuda y que sólo hizo colocarles en una situación difícil. Entonces, llego yo, y ofrezco mi ayuda al hombre fuerte que apoyará «mis» ideas. Le entrego el dinero, legal, en mano, sin más. Ese hombre, de pronto, se convierte en mi aliado. Por tanto, países que hubieran pasado a formar parte de cualquiera de los dos bloques predominantes, Rusia y Estados Unidos, les abandona, para aliarse conmigo.

Drusille intervino:

—Nathan..., creo que acabo de comprenderlo... Von Stül Nagel es seguramente un jefe del partido «neonazi» —susurró.

Se oyó la risa seca y breve de Von Stül Nagel.

—Admito que usted tiene un buen cerebro, y muchos recursos —dijo mirando a Drusille—. Muy bien, lo que ha dicho es cierto. Y, seguramente, verán nuestro resurgir... Nosotros estamos preparándonos de nuevo. Nosotros contamos ya con un apoyo incondicional de países, que no citaré, pero que, aparentemente burlados por Rusia y Estados Unidos, se han unido a nosotros... Yo, con el dinero que consigo, soy uno de los brazos fuertes del resurgir... Con el dinero que falsifico, estoy financiando una de las mayores batallas de la historia: la que llegará. No digo que se dilucide en el campo de batalla, pero será una guerra fría, agotadora en todo caso... Nuestros aliados obedecen nuestras consignas.

Parecía que la figura de Von Stül Nagel había crecido, de pronto.

Carla le miraba, incrédula.

—Pero... esa estupidez... —empezó.

—Cállese. Usted va a morir, Carla. Por esa... estupidez, como usted dice, va a morir. Yo seré un héroe; un muerto por mis ideas..., que los demás proseguirán.

Carla dio un paso hacia el alemán.

Drusille musitó:

—Nathan..., toma la pistola de Von Stül Nagel, y cárgala...

—¿Por...?

—Haz lo que te digo. Habrá que disparar para salir de aquí,

¿no? —susurró Drusille.

Bien...

—Date prisa.

Nathan dio un paso hacia Von Stül Nagel, quien retrocedió el mismo paso; la misma distancia.

—De usted es la idea de morir como un héroe, Von Stül Nagel —dijo Nathan—. Admito que me parece muy bien y que, en cierto modo, le admiro. Siempre respeto a los enemigos que luchan por algo que llevan en el corazón, aunque... Carla siga creyendo que somos anacrónicos. La verdad es ésta: le respeto como enemigo. Pero tiene que entregarme la pistola y permanecer quieto. Pueden salvarse. Nosotros no tenemos fuerza para enfrentarnos a todos, y huiéremos. Es posible que volvamos a buscarles, pero para entonces ustedes pueden haberse reorganizado.

—No, no... Escuche mi trato, Forbes.

—Bien... ¿Por qué no?

—Váyanse ahora mismo, sin tocar nada de aquí. Nosotros salvamos la vida y ustedes también. Podremos encontrarnos nuevamente algún día. Pero váyanse sin tocar nada.

—No puedo aceptar.

—Mala suerte, entonces...

—Von Stül Nagel, creo que no ha reflexionado lo suficiente.

—Estoy completamente decidido.

Carla fue la que reaccionó en primer lugar. Realmente, podía tener razón Von Stül Nagel: Carla no valía gran cosa. La histeria rompió el equilibrio de sus nervios, de su cerebro y, con un aullido extraño, creyó que podía salvarse corriendo hacia la puerta de aquel taller, de aquel complejo de fabricación de moneda falsa.

Corrió, sorprendiendo a todos.

Llegó frente a la puerta y la abrió de un tirón.

Cuando quiso salir, algo se lo impidió.

Fue algo que la empujó brutalmente hacia el complejo de nuevo. Y luego llegó la causa, en forma de descarga cerrada; no menos de veinte balas la alcanzaron de lleno en el pecho, casi partiéndola en dos, tirándola como una muñeca rota hacia el interior de la estancia, para, al final, quedar trágicamente pegada al suelo, que se iba tiñendo rápidamente de rojo.

Inmediatamente, el hombre del

F. B. I.,

había saltado sobre el alemán y le rodeó el cuello con el brazo derecho, sujetándole con fuerza. Drusille, por su parte, se había ocultado también, y su pistola estaba mirando hacia la puerta.

Se oyó la voz de Von Stülnagel:

—Busse puede oír lo que se habla aquí. Sabía que la vida de Carla ya no era interesante.

—¿Y la suya?

—Tampoco... —musitó el alemán—. Le estoy dando a Busse la orden de disparar a matar. Contra mí y contra ustedes... Contra mí, si es absolutamente necesario, claro. Por tanto, no les sirvo de rehén. Ustedes no podrán salir de aquí. Busse, mi sucesor, no les dejará.

Drusille, completamente lívida, miró a Nathan, quien se humedeció los labios.

—Puede sobrevivir, Von Stülnagel —musitó Nathan—. Salgamos, y usted, como rehén...

—¿Tiene miedo ahora? —inquirió el alemán, con seca risa.

—Nosotros queremos triunfar, Von Stülnagel. Si morimos ahora es posible el

F. B. I.,

y la

C. I. A.,

pierdan su pista temporalmente. Usted no debe proseguir con sus proyectos. En verdad, Drusille, esto es competencia de ambos... Ha sido un acierto la cooperación entre nosotros.

—Sí, pero..., ¿saldremos de aquí, Nathan? —susurró Drusille.

—Personalmente, creo que Von Stülnagel está exagerando un poco su valor personal. Espera, creo, que no le matemos; espera impresionarnos. Y yo voy a hacer la prueba. Le dejamos marchar con esa cápsula explosiva, y con la orden de que nos deje el paso libre para cuando salgamos de aquí.

—No, no, Nathan...

—¿Qué ocurre? —inquirió el hombre del F. B. I—. No dejes que se separe de ti... —musitó Drusille.

—No entiendo... Puedes matarle cuando... Oh, bien... Perdona, querida. Dame ese detonador. Yo no sentiré el menor escrúpulo, te lo aseguro. Dame. Yo, si es necesario, mataré fríamente, y a

distancia, a Von Stülnagel.

—La pistola... Tómala y cárgala, Nathan...

La voz de Drusille tenía unas inflexiones en verdad inquietantes. Nathan, no poco desconcertado, empezó a mirar en torno sin saber exactamente qué buscaba. En todo caso contaban con la relativa ventaja de que si para ellos la salida era difícil, la entrada no lo era menos para Busse y los árabes. Por lo demás, podía disponer de toda la estancia. Y, tras mirar de nuevo a Drusille, captando su seña desesperada, Nathan decidió hacer algo.

Y lo que hizo fue asestar un golpe a Von Stülnagel en la sien, dejándole de bruces en el suelo, sin sentido.

Luego, Nathan siguió las indicaciones de Drusille; tomó la pistola del alemán y se acercó a la espía en silencio, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que sucede? —susurró Nathan.

—Habla más bajo, aún...

—Pero...

—Escucha esto, Nathan: es... mentira que yo tenga poder alguno sobre Von Stülnagel... Tampoco lo tenía sobre Carla. El detonador que ves no sirve absolutamente de nada... Te explicaré lo que dice: cuando pensé en utilizarlo, me di cuenta de que sólo tenía una cápsula. A todas luces, era insuficiente. Yo, no cabe duda, hubiese podido poner la cápsula en el estómago de Carla, pero ella no me hubiese creído. ¿Lo entiendes? Tenía que demostrarle lo que podía conseguir con sólo presionar el disparador a distancia... Si se lo demostraba, perdía mi última cápsula. No obstante, hice las cosas de manera que la impresioné... Dio resultado, ya viste... Murió convencida de que podía reventarla en cualquier momento. Y Von Stülnagel lo cree también, pero parece que no le importa morir. Por consiguiente, lo único en verdad útil que tenemos son las pistolas.

Nathan la miraba con los ojos muy abiertos. Unas gotas de sudor hicieron su aparición.

—Drusille..., no puede ser cierto... —susurró.

—Lo hice, Nathan. Era lo único que podía ayudarme a entrar aquí. De otro modo, ¿cómo lo hubiese conseguido? ¿Disparando? Aterré a Carla, y ella me facilitó mucho las cosas... ¡Tenía que hacerlo! Ella jamás se hubiese rebelado contra mí; estaba muy asustada. Ni siquiera se le ocurrió dudar de mi poder... En cuanto a

Von Stülnagel, sospecho que sí ha dudado... Ese hombre, ese alemán, Nathan, es... extraordinario... Me da miedo, aun viéndole ahí, sin sentido... Es penetrante, duro, valiente... Si muere, quiero que lo haga con una bala en el corazón... Lo merece por su calidad...

Nathan, de súbito, sonrió; un poco torcidamente, con ferocidad incluso.

Con ambas manos acarició el rostro de Drusille.

—Tú no vales menos que él... —susurró—. Saldremos de aquí...

—¿Cómo?

—Tenemos cada uno una pistola... y a Von Stülnagel, con o sin poder sobre él, por la cápsula inexistente... Creo que te arriesgaste demasiado.

—No... Fue un engaño que tenía que salir bien. Pero eso ya no importa. ¿Qué hacemos, Nathan? El primero que aparezca por esa puerta será acribillado...

—Yo dudo aún de que disparen contra Von Stülnagel...

—¿Piensas hacer la prueba?

—Sí.

—Pero... no puedo dejar salir a ese hombre, Nathan... Lo perdemos todo. Si fuese como Carla...

Pero él despreciará el riesgo del explosivo. No podemos dejarle salir... Ni intentarlo siquiera. ¿Lo entiendes?

Nathan no respondió; lo entendía, naturalmente. Y miró hacia la puerta, empuñando con fuerza la pistola, con gesto de acorralamiento... Luego miró a Von Stülnagel, que se recuperaba. Fue hacia él y le arrastró hacia donde estaba Drusille.

IX

EL alemán, al recuperarse, observando que no parecía haber variado la situación, se desconcertó. Miraba a Nathan.

—¿Por qué me ha golpeado? —inquirió.

—Diga: ¿existe alguna otra salida?

—No. La puerta.

—Y usted dice que sus hombres dispararán.

—Exacto.

Nathan reflexionó irnos instantes. Luego miró a Drusille, y dijo:

—Vigílale, no te fíes.

—¿Qué vas a hacer?

—Echaré un vistazo al material de esta imprenta. Espero que se me ocurra algo que nos sirva de ayuda.

Sin más, dejó a Drusille muy atenta, vigilando a Von Stülnagel, y él se dirigió hacia el fondo de la nave, iniciando un examen más a fondo de todo lo que había allí dentro. En realidad, el complejo se basaba en materiales más bien vulgares, corrientes. No había nada extraordinario en él, aparte de la facilidad con que podía producir millones de dólares..., o rublos.

El hombre del

F. B. I.,

estuvo examinando las tintas, oliendo recipientes, revolviendo cosas...

Hasta que, por fin quedó con una bombona en las manos; una bombona con protección de plástico. La destapó, olfateó, y quedó quieto, reflexionando.

Tomó una decisión, y, tras dejar la bombona en el suelo, anduvo buscando; fue fácil encontrar un par de botellas. Esas mismas botellas las llenó con el líquido de la bombona, y luego se dirigió

hacia Drusille, que le estaba mirando sin comprender, a juzgar por su expresión. Nathan dejó las botellas junto a Drusille, y dijo:

—Rasga parte de tu chilaba. Dos trozos. No hace falta que sean demasiado grandes.

—¿Qué tratas de hacer? —susurró Drusille.

—Obedece ahora.

Drusille, entonces, prefirió prescindir de la chilaba; se irguió y se despojó de ella, mostrando su esbelta figura apretada por el pantalón, mientras que el jersey ya resultaba un poco más holgado. Luego, rasgó la chilaba. Nathan tomó los dos trozos y los ató al cuello de la botella correspondiente. Miró seguidamente a Von Stülnagel.

—Vamos —dijo.

El alemán pestañeó.

—¿Quieres salir? —inquirió.

—¿Hay alguna otra solución, acaso?

—Bien... Sí, hay un pacto que yo respetaría, Forbes. Mi vida y la integridad de este complejo a cambio de la vida de ustedes. Todos sabemos que es sólo una tregua...

—No acepto treguas. Usted, Von Stülnagel, ha dado a entender claramente que no le importa morir por sus ideas. Yo..., creo que no tengo tanto valor como usted; y me importa morir. Mucho. A pesar de todo, tengo ciertas bazas que pienso jugar.

—¿Cree que con esos...?

—¡Cállese! —cortó secamente Nathan, colocándole la punta de la automática debajo de la barbilla.

Von Stülnagel sonrió levemente. Dijo:

—Como quiera, pero dudo de su éxito.

—Póngase en pie. Usted caminará primero hacia la salida. Le seguiré yo, y, por último, tú, Drusille. Naturalmente, no hay que vacilar en apretar el gatillo. Desgraciadamente, no podemos solventar este asunto razonando. Hay enemigos a los que se podría hacer alguna concesión, pero éste no es el caso de Von Stülnagel. Camine ya.

El tipo estaba de espaldas a ellos. Nathan miró a Drusille y le hizo señas. Entonces, Drusille comprendió inmediatamente: aquellas dos botellas contenían gasolina, y resultarían un par de «cócteles molotov» sorprendentes. En cuando al resultado, estaba por ver.

Cada uno tomó una botella, humedeció el trapo con gasolina, lo hundieron junto con el tapón de la botella, y ya sólo faltaba prender fuego al trapo empapado de gasolina.

Von Stülnagel caminaba muy erguido hacia la puerta, como si quisiera suplir con ello su corta estatura. Drusille y Nathan, detrás, con todo preparado para prender fuego. Al llegar a un par de yardas de la puerta, Nathan ordenó:

—Salga ya, Von Stülnagel.

El hombre vaciló un poco, pero, por fin, se dirigió hacia el marco de la puerta. Pero antes de que llegara, y convencido de que Busse y los árabes tendrían siquiera unos segundos de vacilación, Nathan se adelantó por la derecha y Drusille por la izquierda, con los trapos ya ardiendo, con la botella de gasolina convertida en un brasero en sus manos. Coordinando sus movimientos, Nathan fue el primero en arrojar la botella hacia un lado del pasillo, y Drusille a continuación hacia el lado opuesto, ya que ignoraban exactamente dónde estaban esperando Busse y los demás.

Segundos más tarde, cuando Nathan ya tenía a Von Stülnagel retenido fuertemente, utilizándolo como escudo, y Drusille se había acurrucado en un rincón, sonaron las explosiones.

Fueron casi seguidas. Dos estruendosos estallidos y a continuación se oyeron gritos y un humo negro, espeso, empezó a llenar el ámbito del pasillo, extendiéndose rápidamente. Alguien estaba disparando ráfagas de metralleta contra la puerta. Se repitió algún gemido.

Nathan hizo una seña a Drusille, la cual se apresuró a fabricar en menos de tres minutos otro par de «cócteles molotov», uno de los cuales pasó a manos del hombre del
F. B. I.

Drusille encendió el suyo y lo arrojó rápidamente, cuando el humo en el pasillo era muy denso y nadie se molestaba en disparar.

La nueva explosión sacudió las paredes, y de nuevo se oyeron gritos; las llamaradas tomaron el humo de color cárdeno.

Apenas habían concluido los ecos de la explosión, cuando Drusille recogía de manos de Nathan la segunda botella y la arrojaba con fuerza al otro lado del pasillo. La explosión fue seguida de una nueva humareda, con lo cual podía calcularse que la densidad del humo era ya asfixiante en el pasillo.

—Eso es... —musitó Nathan—. Vamos, Von Stülnagel. Ahora, sí; ahora correrá el riesgo. Corra hacia el pasillo. ¡Vamos, corra!

Le empujó, mientras hacía una seña a Drusille, la cual se pegó al marco de la puerta, entendiendo lo que se proponía Nathan. Y Von Stülnagel optó por correr; un instante más tarde estaba metido en la humareda, tosiendo violentamente, Y se produjeron disparos. Von Stülnagel pareció tropezar contra un inexistente tabique y retrocedió. En cuanto a Drusille, muy atenta, había visto las llamaradas, muy apagadas, eso sí, por la densidad del humo. Pero fue suficiente.

Sus cinco plomos, disparados rápidamente, debieron hacer blanco, porque se oyó un gemido de angustia y luego una tos exasperante.

En cuanto a Von Stülnagel, con dos balas en la pierna derecha, estaba de rodillas, con los ojos enrojecidos. Se hincharon las venas de su cuello y decidió hacer algo. Le pareció que Drusille había olvidado su detonador, y ya lo mismo le daba morir reventado que con el cuerpo lleno de balas.

Quiso lanzarse contra Drusille, pero algo le detuvo en seco.

De un modo fulminante.

Fue Nathan quién había disparado, una sola vez. Y Von Stülnagel, cerrados los ojos, rígido, muerto, quedó atravesado en el umbral de la salida.

Nathan miró a Drusille y esbozó una leve sonrisa.

—Un balazo al corazón, nena... —musitó—. Tú lo pediste, ¿recuerdas?

Drusille, por toda respuesta, se mordió el labio inferior.

Miró hacia la puerta, angustiada, y Nathan comprendió. Se acercó a ella y le acarició la cabellera, suavemente.

—Voy a intentar abrirme paso, Drusille —musitó Nathan—. Ha debido caer alguien, por fuerza. Las explosiones...

—Yo di a uno, estoy segura —murmuró Drusille.

—De acuerdo. Límitate a cubrirme.

—Espera, Nathan... Espera aún...

—¿Qué es lo que debo esperar?

—Bien...

—Tranquilízate. Voy a...

En aquel mismo instante, alguien aparecía en el umbral de la

puerta perfectamente enmarcado, con una metralleta bien sujeta, disparando en arco. La descarga soltó no menos de doce plomos, que barrieron, si bien con muy escasa precisión, aquella amplia estancia. Los resultados, de todos modos, habían helado la sangre a Nathan. Se había encontrado con Drusille entre los brazos.

Una Drusille inerte.

Una Drusille cuyo rostro estaba lleno de sangre. Nathan la veía mal, a causa de la escasa luz. Las balas habían destrozado tres de las cuatro luces empotradas en las paredes, y Nathan, como paralizado, parecía tan sólo capaz de mirar, con el pecho oprimido, aquel hermoso rostro lívido y sombrío al mismo tiempo, lleno de sangre, que resbalaba caliente, espesa, roja... Así, durante treinta segundos, al cabo de los cuales Nathan, con el rostro cubierto de un pegajoso sudor frío dejó a Drusille en tierra, en un rincón sin acceso desde la puerta.

Tomó la pistola que ella estaba dejando deslizar por entre sus dedos. La miraba intensamente, con un nudo de angustia en la garganta.

—Dios... —susurró—.

N-no...

no me atrevo ni a pensarlo, Drusille... No puede ser cierto...

Se le quebró la voz.

Luego, con su mirada negra, sombría como la muerte, torcida la boca en una mueca de ferocidad, miró hacia la puerta.

Se acercó; lo primero era quitar el cuerpo de Von Stülnagel, de modo que el paso quedara libre. Lo hizo. Lo retiró de un tirón, y brotó una nueva ráfaga, con balas que aullaron muy cerca del insensible Nathan, quien, sin respingo alguno, convertido en una fiera silenciosa, dispuesto a la caza, miró luego hacia la puerta, y saltó.

Saltó, sin más. Quedó envuelto en humo, tosiendo, enrojecidos los ojos, y disparando contra una sombra que se había movido, Tiró dos veces, y vio que la sombra se inclinaba. Se precipitó en dirección al árabe, y le disparó a la cabeza, saltándole el turbante junto con media frente. Aún no había caído el tipo al suelo, cuando el hombre del

F. B. I.,

recogía la metralleta.

Con ella entre las manos, giró velozmente, pero no se produjo ninguna otra reacción.

Tras unos instantes de reflexión, procedió a quitarle al árabe la chilaba, llena de sangre, dejándole con la clásica camisa de dormir, pegada al cuerpo por dos orificios. Se puso la chilaba, y luego notó el frío del acero de un espeluznante cuchillo, bien asegurado en una funda interior.

Miró hacia el interior de la imprenta; pestañeó, sacudiéndose unas gotas de sudor. Luego, corrió hacia la salida; pasillo adelante, tropezando con otro árabe, que estaba de cara al techo. El humo no permitía una visibilidad perfecta, pero el tipo estaba destrozado; tal vez alguno de los cócteles le había alcanzado de lleno.

Pasó por encima, y fue hacia la puerta.

Vio luz; destellos entre el humo.

Y un tipo avanzaba hacia él.

—Shafik..., ¿estás...?

Shafik era, sin duda, el que quedó con la camisa de dormir para el sueño eterno. Lo mismo que Atallah, que se había acercado lo suficiente para no tener tiempo de retroceder, al comprobar su error. Atallah ni siquiera pudo gritar su terror, su dolor, ya que Nathan, riendo silencioso, salvajemente, había optado por el cuchillo en aquella ocasión. Clavó de un fortísimo golpe toda la hoja en el cuerpo de Atallah. Toda. Fue una cuchillada brutal, que se llevó en dos segundos la vida del árabe, que cayó de bruces en cuanto Nathan retiró el cuchillo, que pese al humo y la escasa visibilidad destelló un poco.

Luego, Nathan corrió, hasta encontrarse frente a una puerta cerrada.

Le asestó un tremendo puntapié, y luego soltó una ráfaga de metralleta, convirtiendo en miserables astillas aquella puerta, que se abrió violentamente, dejando paso al hombre del

F. B. I.

Sólo había un árabe, cuyos ojos expresaron terror al ver a Nathan. Quiso reaccionar, y disparar mientras retrocedía, pero Nathan se adelantó. Pareció que el cuchillo le estorbaba en la mano, y lo lanzó con toda la potencia de que fue capaz, empotrándolo espeluznantemente en el cuello del árabe, que quedó tan rígido como un ahorcado.

Luego, se derrumbó.

Y ya se oían carreras.

Dos árabes que llegaban disparando locamente. Dos tipos que cubrían el pasillo.

«O. K.». Lo cubrían tan bien, que era imposible que se perdiera una sola bala.

Y Nathan, con la metralleta pegada al costado derecho, dejó el índice sobre el gatillo, lanzando toda la carga del arma contra aquellos dos elementos, que recibieron por barba no menos de ocho balazos, que les empujaron hacia una danza macabra, chocando entre ellos, contra la pared, yendo de un lado a otro, hasta que quedaron cruzados en el pasillo.

Nathan corrió; saltó por encima de ellos, precipitándose hacia el gran vestíbulo, donde el aire era respirable.

Justo entonces salía Busse del despacho hasta entonces sede de Von Stül Nagel.

Busse quedó con la pistola en la mano; una mano que no era todo lo firme que, por ejemplo, Von Stül Nagel hubiera deseado.

Con la metralleta descargada, Nathan aún avanzó dos pasos y arrojó el arma contra el rostro de Busse; no le alcanzó, pero Busse dio traspies, y antes de que recuperase el equilibrio, ya tenía a Nathan encima.

Nathan le pegó duro en el estómago, y luego un bofetón que hizo dar media vuelta al tipo; una nueva bofetada le dejó sentado en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas.

Nathan le arrebató la pistola, y se la clavó en el cuello.

—¿Qué has hecho en el despacho? —inquirió Nathan roncamente.

El tipo no podía hablar.

—Vamos, responde... ¡Responde!

—He... he llamado a... a...

—¡Rápido!

—A «Chez Lucienne»... He pedido refuerzos...

—Ya... En pie.

De un tirón le puso en pie, y luego le empujó en dirección a los pasillos que conducían al complejo.

Nathan empujaba continuamente a Busse, que estaba lívido, observando la matanza de que habían sido objeto sus hombres.

Pasaron por encima de ellos, de cualquier manera, siempre en dirección a la imprenta. De un fuerte empujón, Busse entró en la imprenta, tosiendo, con la garganta irritada por el humo, como los ojos. También Nathan tosía, y se acercó a Busse, pegándole un golpe en la sien, que le dejó de cara al suelo, sin conocimiento.

Luego, el hombre del

F. B. I.,

se acercó a donde estaba Drusille, en la misma postura en que él la había dejado.

Se arrodilló junto a ella.

—Drusille... —susurró.

Puso una mano bajo el seno izquierdo de la espía, y la misma esperanza hizo rebrotar el sudor al agente del

F. B. I.

Miró el rostro ensangrentado de Drusille, le tocó la cabeza, suavemente; el rostro... Luego se irguió, fue hacia donde estaba la bombona de gasolina, y con ella en la mano fue rociando todo lo que había a la vista, especialmente el papel. No habría modo de sofocar aquel incendio, dado que casi todo el material era fácilmente inflamable.

Una vez agotó la gasolina, sólo tuvo que prender fuego.

Esperó un poco, viendo saltar las llamas.

Sin remisión.

Entonces, agarró a Drusille, la cargó sobre su hombro izquierdo, y echó a andar, saliendo de allí.

Poco más tarde, llegaba al vestíbulo de la residencia árabe, y ya en el exterior, inundó de aire fresco sus pulmones.

Decidió utilizar para salir de allí el mismo sitio que había empleado para entrar.

X

CON un cigarrillo humeante entre los labios, Nathan miraba el pálido rostro de Drusille. Un rostro ya limpio, sin aquella espectacular mancha de sangre. Drusille estaba tendida en su cama, en un cuarto pequeño, escaso de mobiliario; en el borde del lecho, junto a ella, Nathan, simplemente, esperaba.

Drusille aún tardó unos minutos en parpadear. Fue, primero, algo lento, tímido. Luego, abrió los ojos, y su mirada, plena de desconcierto, recorrió aquel techo, las paredes. Luego, se posó en el rostro de Nathan, que sonreía levemente.

—Nathan...

—Mi nena espía... Hoy he sabido lo que es el miedo...

—¿Qué..., qué ocurrió?

—No te muevas.

Ella había querido incorporarse, pero Nathan lo impidió empleando dos procedimientos; uno, empujándola suavemente por los hombros; dos, besándola en los labios. Drusille quedó quieta, sin dejar de mirar a Nathan.

—¿Qué pasó, Nathan? —repitió la pregunta.

—Creo que de la residencia árabe de Von Stülnagel quedará muy poco en pie; por lo menos, que resulte útil.

—Pero..., ¿cómo saliste de allí? Es... un milagro...

—Tal vez. En todo caso, fue... la desesperación, la ira, la angustia... Estaba loco... ¿Sabes qué llegué a creer? Que te habían matado... La verdad es que no sé ni lo que hice... Maté, maté, maté... Lo quemé todo...

—Entonces, ¿no queda ni rastro?

—Cadáveres.

—Bien...

—Hay algo que me está preocupando, Drusille. Busse llamó a «Chez Lucienne», pidiendo refuerzos. Y temo que alguien de «Chez Lucienne» tenga medios para ponerse en contacto con Christopher Steel. Me disgustaría profundamente que ese cochino traidor pudiera huir..., aunque sólo fuese para estar libre unos pocos días. Bien..., ¿puedes hacer algo en ese sentido?

Drusille cerró los ojos. Reflexionó un poco.

—Creo que entiendo a qué te refieres —dijo—. En efecto, puedo llamar a El Cairo, a nuestro enlace allí. Nuestro hombre en El Cairo, entonces, retransmitirá urgentemente mi mensaje a Washington, de modo que antes de que amanezca..., aquí, se entiende, Steel puede estar en manos de la

C. I. A.

—De acuerdo. ¿Te sientes con fuerzas?

—Por supuesto... Sólo es una llamada por radio —sonrió Drusille.

—¿Dónde lo tienes?

Allí mismo, en la cama. Pegado al travesaño del cabezal. Lo extrajo, sonriendo.

Nathan se puso en pie.

—Perfecto, Drusille. Mientras, yo prepararé un poco de café. Te sentará bien.

—Nathan..., ¿y las planchas?

Nathan sonrió levemente. Arqueó una ceja.

—¿Qué planchas? —inquirió.

—Oh, por favor... No creo haberlo soñado.

—Demonio... ¿Las planchas, las planchas...? Drusille sonrió entonces.

—Está bien... Creo que...

—Tuve que regresar a recogerlas, Drusille. Las tengo yo, en efecto. Supongo que entenderás que no puedo regresar a Washington con las manos vacías.

—Claro que no...

—Después de tu llamada, efectuaremos un repaso de la situación, con el fin de realizar un informe por separado. ¿Te parece bien?

—Como quieras, Nathan...

—¿Algo te disgusta, querida?

—No, no... De no ser por ti, yo no hubiese salido de allí jamás. Y mucho me temo que de un modo u otro hubieran proseguido con sus actividades, y Steel estaría a salvo...

—Entonces, tú has vengado a Marouhssa, y yo al agente especial de San Juan de Puerto Rico. Tú entregas al traidor a la

C. I. A.,

y yo llevo las planchas a Washington. Tú consigues que Von Stülnagel no prosiga sus actividades Como un jefe del partido «neonazi», y... yo también lo consigo. Creo que los éxitos están muy repartidos.

—Sí, sí... Ya ni siquiera me importa...

—¿Los éxitos?

—Los éxitos, en efecto.

—¿Pues qué te importa, entonces?

Drusille sonrió.

—Voy a llamar. Responderé luego a eso —dijo.

Ella se quedó con la radio, y el hombre del

F. B. I.,

fue a preparar el café.

Diez minutos más tarde, ambos lo tomaban, en el cuartito de Drusille.

—Todo bien —dijo ella—. Supongo que desde El Cairo están llamando ya a Washington.

—Excelente...

—Nathan, ¿cómo saldrás de aquí? Llegaste con el barco turco...

—Tengo perfectamente preparada la salida. Llegué como un marino turco con pendiente incluido, y saldré como un caballero negociante. Tengo reserva en un hotel de primera categoría. En cualquier momento llamaré pidiendo una reserva para el primer vuelo hacia Estambul; ésa es la ruta que debo seguir. Necesitaré ropa distinta, es claro, pero eso lo solucionaré mañana.

—Ya... Yo tampoco tengo problemas, pero mi ruta es distinta.

—Hum...

—¿No te gusta? —sonrió Drusille.

—La verdad..., separarme de ti...

—Será por el tiempo indispensable... —susurró Drusille.

—Eso espero.

Y la besó suavemente.

Luego, Drusille musitó:

—Me hubiese gustado poder disponer de Von Stül Nagel, Nathan... En algún lugar de Alemania se está fraguando un juego muy peligroso... Y la verdad es que ignoramos demasiadas cosas.

—En efecto. De todos modos, por esta vez creo que tendremos que conformarnos con haber cortado una de las cabezas visibles... No es poco, no creas. Von Stül Nagel era duro de pelar. Un tipo con temple.

—Sí..., eso es cierto...

—Ahora, deja de pensar en ello, y descansa. ¿De acuerdo?

—Creo que es lo mejor.

—¿Buenas noche, entonces?

—Buenas noches, amor.

—Buenas noches, amor...

En una «suite» de un hotel de Key West, de cara a la playa, azul, de un azul intenso, brillante, salpicado por el blanco de las embarcaciones deportivas, y de la espuma, Nathan Forbes estaba fumando un cigarrillo.

Miraba hacia la playa, que era un auténtico estallido de color.

El ambiente no podía ser más optimista.

Sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, Drusille Home estaba leyendo una corta misiva, que había recibido poco antes en el hotel.

Cuando terminó de leer, llamó:

—Nathan.

Él giró.

Miró los ojos de Drusille, que mostraba algo de ironía.

—¿Es una carta importante? —Gruñó el hombre del

F. B. I.

—Muy importante.

Nathan dio unos pasos hacia ella.

—¿De... la

C. I. A.?

—inquirió.

—Ajá.

—Vaya... ¿Qué ocurre? ¿Una nueva misión, acaso? ¿No tienen más agentes?

—Por supuesto que sí, querido —sonrió Drusille.

—¿Entonces?

—Es otra cosa.

Nathan frunció el ceño.

—Mi nena espía..., no estoy para acertijos. En cuanto llegó esa carta, entendí que algo iba a cambiar... Supongo que podrás hacer comprender a los buitres de la

C. I. A.,

que estás en plena luna de miel... ¡Qué digo, en plena luna de miel...! Justo la hemos empezado. ¿Crees que lo entenderán?

—Yo creo que sí, Nathan.

—Pues escribe, o comunica como sea.

—No es necesario, querido.

—Oh, por favor... De una vez, Drusille.

La joven sonrió de nuevo; parecía mirar lejos, evocar algo.

—Ya no soy agente de la

C. I. A.,

Nathan —murmuró, de pronto.

—¿Cómo...?

—He renunciado.

—Pero...

—Y en esta carta se acepta mi renuncia, y me desean muchas felicidades. Ya ves..., a veces, también son humanos... ¿Sigues creyendo que son malas noticias?

Nathan, mirando con mucha fijeza a Drusille, fue a sentarse en el brazo del sillón que ella ocupaba; tomó la barbilla de Drusille, alzándole la cabeza.

—¿Por qué lo has hecho? —murmuró.

—No lo sé... Pero supongo que ha sido por ti.

—¿No te duele?

—No, no... También pienso en otras cosas... ¿Sabes?, lo de Christopher Steel me hace pensar mucho...

—¿Por qué? Él sólo es un traidor, Drusille.

—Sólo un traidor, de acuerdo... No obstante, profundizando un poco, se llega a la aterradora conclusión de que cualquiera, en un momento determinado, puede ser traidor, por... ambición, por miedo, por debilidad... Por cualquier causa. Yo pienso que no soy perfecta, Nathan. Creo que alguna vez podría encontrarme en un

serio apuro, y... ser débil. Y de ocurrir, alguna vez podría hallarme frente a un tribunal que juzgara mi traición, con evidente desprecio... Pienso que Steel debió tratar de huir..., una excusa para morir... Pero no. Quiso vivir... Y treinta años de cárcel serán treinta años de vergüenza, de humillación... Treinta años de morir... No sé... Me impresiona un poco la idea de que me sienta débil alguna vez. Es... una vida muy dura, Nathan, tú lo sabes aún mejor que yo... Requiere un temple especial...

—Eso lo sé: Un temple muy especial de espía..., de luchador. Como Von Stülnagel, de acuerdo. No obstante...

—Aún hay más, Nathan —cortó ella.

—¿Más?

—Sí, sí... También he renunciado por ti. Es decir, porque te amo. De los dos, sufriré yo sola, cuando tú estés ausente; es un sufrimiento más cómodo si tú quieres, pero más soportable para una mujer que para un hombre... ¿Cómo vivirías tú, sabiendo que yo estoy en China, pongamos por caso?

—Caramba..., bien mirado...

—¿Te parece acertada mi decisión?

—Sí, mi nena es... Sí, mi nena —suspiró Nathan.

—Tú no me lo hubieras pedido, ¿verdad?

—Del mismo modo que tú jamás me lo pedirías a mí —dijo Nathan.

—Eso es... Bien: éstas son las noticias, mi amor.

—Muy buenas. Habrá que celebrarlo. Una estupenda cena con champán, baile... baño nocturno luego... Y..., esto... En fin, que puedes ir cambiándote, querida.

Drusille no se movió.

—¿Qué pasa? —inquirió Nathan—. ¿No te gusta el plan?

—Pensaba algo que...

—Oh, vamos, Drusille... Ya basta de eso. Es nuestra luna de mil. Y ya no eres espía... Aquí, el único espía soy yo, y estoy dispuesto a olvidarlo, al menos de momento. ¿Sabes?, tu ejemplo deberían seguirlo muchos agentes de la

C. I. A.,

quienes, de verdad, complican mucho las cosas. Hay asuntos que harían bien en confiar al

F. B. I.

Así que te ruego...

—No pensaba nada de eso, Nathan.

—¿Pues qué, entonces?

—Es... algo que me prometí a mí misma.

—¿Qué es ello?

—En cierta ocasión, dijiste que yo no te parecía la mujer más hermosa que habías visto, ¿recuerdas?

—Pues...

—Admítelo, Nathan.

—Lo dije, sí. ¿Y qué?

—Entonces, cenaremos en la «suite», tú y yo solos. Oh, con champán, naturalmente... ¿Te parece bien?

—Bueno... ¿por qué no?

—¿Quieres encargarlo todo, cariño? Voy al baño.

—«O. K.».

Drusille se puso en pie, y se dirigió hacia el baño, mientras que Nathan, por teléfono, iba encargando una estupenda cena. Luego, fue de nuevo hacia la terraza, fumando, esperando la llegada de la cena, y la de Drusille, por supuesto. Llegó antes la cena que Drusille, y Nathan lo dispuso todo. Hasta una velita, que sería el único alumbrado de aquella noche en la «suite».

Cuando ya empezaba a fruncir el ceño, mirando hacia el cuarto de baño, se abrió la puerta, y apareció Drusille, El hombre del F. B. I.,

sintió algo muy similar al vértigo al verla. Drusille, sonriente, avanzaba hacia él. Con una cosita que era de tela, claro... Debía serlo. Con un sutilísimo perfume; con el cabello suelto, sobre los hombros... Con... con... aquel brillo en los ojos, en la boca... Un rostro sin el menor vestigio de maquillaje; tampoco en los labios.

Como retoque, sólo aquel perfume de una suavidad perfecta.

Ella, sonriente, quedó ante el petrificado Nathan.

—Bueno, di algo, querido...

—Nena..., vas a matarme...

—¿Te parezco hermosa?

—Buena pregunta...

—¿Mucho?

—Oh, vamos...

—Por favor, Nathan, de una vez... ¿Cuánto?

—L-la... la que más.

—Júralo.

—«O. K.».

—Bien...

—¿Qué haces?

—Pues la cena...

—¡Qué cena ni qué...! ¡Ven acá!

Se apoderó de ella.

Mal dicho. Muy mal. Eso se presta a muchas confusiones. Lo cierto, la verdad, nada más que la verdad, es que ella se apoderó de Nathan. Él la abrazaba, es cierto; pero es que no tenía más remedio. Él la besaba, sí, pero era ella quien poco menos que le obligaba... Él se sentía desfallecer: naturalmente...

Hasta que Nathan Forbes se dio cuenta. Se separó un poco de Drusille, para pedir:

—¡Help...!

FIN

JEAN.



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

